

ENCUENTROS, Y ALGÚN DESENCUENTRO, ENTRE CAMILO JOSÉ CELA Y CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

RAQUEL VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ

Universitat de Barcelona

Resumen: El objetivo de este trabajo es profundizar en aquellos aspectos que determinaron la relación personal entre Camilo José Cela y César González-Ruano a lo largo de veinte años, desde la visita de Cela a Sitges en octubre de 1945 hasta la muerte de Ruano en diciembre de 1965. La coincidencia en las mismas tertulias, los breves viajes compartidos, la vecindad en Ríos Rosas, las lecturas, o la colaboración en los mismos periódicos son elementos que ayudan a forjar una amistad que, a pesar de la posterior lejanía física —y profesional— entre ambos escritores, no llega a extinguirse. Asimismo, el trabajo pone especial énfasis en subrayar las referencias que existen en la obra de Cela y de Ruano a los logros profesionales del otro, y en analizar aquellos rasgos de su literatura que les acercan, o les alejan.

Abstract: The purpose of this paper is to study in depth those aspects which determined the personal relationship between Camilo José Cela and César González-Ruano during twenty years, from Cela's visit to Sitges in October, 1945, through Ruano's death in December, 1965. The coincidence in the same literary gatherings, the short trips they shared, the neighborhood in Ríos Rosas, the readings, or the contribution to the same newspapers are elements which help forging a friendship that did not extinguish despite the physical —and professional— distance both writers later experienced. This paper also places emphasis on underlying the references appearing in both Cela's and Ruano's work regarding the professional achievements of the other, as well as on analyzing the characteristics in their literature that bring them closer or distance them from each other.

Palabras clave: Camilo José Cela, César González-Ruano, Sitges, Madrid, literatura, articulismo.

Key words: Camilo José Cela, César González-Ruano, Sitges, Madrid, literature, articulism.

INTRODUCCIÓN

Existen, sin duda, más encuentros que desencuentros en las trayectorias vitales y profesionales de Camilo José Cela y César González-Ruano. Los caminos que se cruzan por primera vez en Sitges en 1945 vuelven a converger en varias ocasiones, algunas de importancia, como el hecho de llegar a vivir en pisos paredaños en el número 54 de Ríos Rosas. Más adelante, coincidiendo sobre todo con el cambio de residencia de Camilo José Cela en 1954, cuando éste se instala en Mallorca después de cinco años en Ríos Rosas, esos caminos paralelos toman distintas direcciones, y se alejan considerablemente. Y sin embargo, aun de forma fugaz, ambos escritores vuelven a encontrarse y coincidir de nuevo en varias ocasiones, antes de la muerte de González-Ruano, por lo que la lejanía física —y profesional— nunca supone la ruptura total de una amistad calificada como “más ancha que el tiempo”¹ por el autor de *Mi medio siglo se confiesa a medias*.

Son múltiples los puentes que se tienden entre la vida y la literatura de ambos escritores. Algunos son simples hechos circunstanciales, meramente anecdóticos y fruto de la coincidencia que podría unir a Cela y Ruano también con otros autores. Tienen en común, por ejemplo, los estudios de Derecho (que Cela abandona en 1943); la devoción por Baroja; o la pequeña incursión en el mundo de la interpretación (Cela actuando en *El sótano*, de Jaime de Mayora, en 1950, y en la adaptación de *La colmena*, de Víctor Erice, en 1982; Ruano, en *Mi adorable esclava*, de José María Elorrieta, en 1962). Por otra parte, les une la obtención del premio Mariano de Cavia (Ruano, en 1932; Cela, en 1992²) y el formar parte del Jurado que lo otorgaba; la amistad con Gregorio Marañón, quien les prologa sendos libros (la tercera edición de *La familia de Pascual Duarte*, de 1946, en el caso de Cela; y la segunda edición de *Mi medio siglo se confiesa a medias*, de 1951, en el caso de Ruano); o la publicación en 1952 de una guía de viajes, en la que César González-Ruano se ocupa de Madrid, y Camilo José Cela de Ávila, dentro de la colección de ecos orteguianos “Andar y ver”, de la editorial Noguer.

Además de estas coincidencias circunstanciales —que si bien contribuyen a situarlos en unos mismos contextos e intereses, no dejan de ser una breve serie de curiosas casualidades—, a Camilo José Cela y César González-Ruano les unió tanto la amistad (convertida más tarde en cordialidad), como la admiración por la obra del otro, forjadas ambas en tertulias, lecturas, cenas, y algún viaje compartido. Mientras que Ruano admiraba de Cela sus dotes de novelista, y los éxitos cosechados internacionalmente, Cela veía en Ruano a un maestro innegable en el arte del artículo.

1. César González-Ruano (1970). *Diario íntimo (1951-1965)*. Madrid: Taurus, p. 636. Entrada perteneciente al 2/11/1954. A partir de ahora, las referencias al *Diario íntimo* se señalarán entre paréntesis en el cuerpo del texto.

2. Ruano lo consiguió en 1932, por el artículo “Señora, ¿se le ha perdido a usted un niño?”, aparecido en *Informaciones*, el 23 de noviembre de 1931; Camilo José Cela, en 1992, por su artículo “Soliloquio del joven artista”, publicado en el periódico *El Independiente* el día 18 de febrero de 1991.

I

La admiración intelectual es previa a la amistad. Cuando se conocen en octubre de 1945, Cela acaba de publicar, en abril de ese mismo año, en las Ediciones Zodiaco de Barcelona, su primer libro de poemas, *Pisando la dudosa luz del día*. A pesar de ser en aquel momento el único volumen de poesía de Camilo José Cela (escrito algunos años antes), Ruano no duda en incluir el texto “Tránsito adónico” en su ambiciosa *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana*, que deja lista para la imprenta a mediados de ese mismo año³. Siguiendo la disposición de la antología, González-Ruano introduce el poema de Cela con un fragmento que da cuenta de forma sucinta de la trayectoria vital y literaria del autor. En él emplaza al lector a la lectura del prólogo que para *Pisando la dudosa luz del día* escribe Leopoldo Panero, buen amigo de Ruano; y ofrece, además, algunas notas sobre la naturaleza de la poesía de Cela, que —en su opinión— caracteriza asimismo a su prosa:

“La poesía de Cela no es de muy distinta raíz que la de su prosa. Hay en ella una comunidad de tristeza dura, de impulsos violentos y visión desgarrada de los sentimientos. Su autenticidad lírica está en su misma pasión vehemente que tiende a lo desagradable por vías de varonil nobleza. Poesía sin antecedentes claros ni continuidad previsible, en la que la realidad, el realismo excesivo se evade en un surrealismo sin escuela.”⁴

No se olvida Ruano, en esta síntesis biográfica, de recordar la trayectoria de Cela, y la revelación que supone para el panorama de la literatura española de posguerra la publicación de *La familia de Pascual Duarte*, novela que le acredita —a juicio del antólogo— “como el más celebrado novelista de la joven generación, que apenas cuenta con otro exponente”⁵.

3. El 12 de febrero de 1945 escribe desde Sitges a José García Nieto pidiéndole, de forma premiosa, noticia bio-bibliográfica de algunos de los poetas que iba a incluir en la antología (el mismo García Nieto, Federico Muelas, Jesús Juan Garcés, Carlos Edmundo de Ory, entre otros), ya que tenía la intención de cerrar el libro ese mismo mes. La finalización del volumen, sin embargo, se retrasa. Aún el 18 de junio de 1945, en carta a Dionisio Ridruejo, Ruano comenta al amigo el progreso de la *Antología*, que coincide en el tiempo con otros proyectos: “Escribo como un condenado. Bajo a Barcelona como un lobo y encajo libros. En este momento corrijo las pruebas de tres que saldrán en septiembre: el *Tiberio* de Carlos Mir que está quedando precioso; la *Antología* que avanza y cuya corrección es tremenda; *Tierra de la tarde*, una novela para la Editorial Climent, los que hacen *Leonardo*...” (Jordi Gracia, *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*, Barcelona: Planeta, 2007, p. 163). La inclusión del poema de Cela sería, por tanto, una de las últimas, antes de entregar el volumen a imprenta, donde permanece desde agosto de 1945 hasta su publicación en febrero del año siguiente.

4. César González-Ruano (1946). *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana*, Barcelona: Editorial Gustavo Gili, p. 787. El propio Cela, en el prólogo a *Pisando la dudosa luz del día*, comentaba que la publicación, a la altura de 1945, de aquellos poemas de juventud encontraba su justificación en las posibles relaciones que el lector podía encontrar entre su libro de poemas y sus obras posteriores: “Después de *La familia de Pascual Duarte*, de *Pabellón de reposo* y de *El nuevo Lazarillo* —las tres posteriores, como mi obra toda, a mi único y último libro de versos— publico estos poemas porque en ellos puede hallar el lector curiosas influencias que entonces tuve muy en cuenta, y vagas inclinaciones que más tarde tomaron cuerpo.” (*Obras Completas*, t. 20, Barcelona: Destino, 1990, p. 15).

5. César González-Ruano (1946). *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, p. 787.

A la altura de 1945, cuando Cela viaja a Barcelona, adonde llega el 23 de octubre, no solo es autor de *Pisando la dudosa luz del día* y de *La familia de Pascual Duarte*, que apenas un año después vería su cuarta edición, sino que ha publicado asimismo *Pabellón de reposo* (1943) y *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944), y colabora además, con sus artículos, en la prensa española, principalmente en los diarios madrileños *Ya* y *Arriba*. El interés que suscitaría en Ruano el hecho de conocer personalmente a Cela debía de ser, con seguridad, recíproco, pues en 1945, César González-Ruano es ya un “escritor en periódicos” consagrado, que goza de un indiscutible éxito popular, y al que avala una amplia trayectoria de colaboraciones en periódicos de gran tirada, como *Heraldo de Madrid*, *Informaciones*, *ABC*, y desde hacía poco más de un año (desde el 4 de febrero de 1944), en el deseado diario barcelonés *La Vanguardia*, que con sus cien mil ejemplares en 1945 se colocaba en el primer puesto de la Prensa española⁶. Cuenta además Ruano, a sus espaldas, con más de cuarenta títulos publicados, fruto de una escritura a destajo que arranca de principios de los años veinte, cuando el escritor se adentra en la creación literaria a través de la poesía. Entre ellos destacan una cuidada biografía de Baudelaire, de 1931; novelas de corte autobiográfico ambientadas en los escenarios europeos vivenciados (*La alegría de andar*, *Manuel de Montparnasse*, ambas de 1943); o sus últimos libros de poemas publicados en 1944 (*Balada de Cherche-Midi*, *Vía Áurea*, y la antología de su obra poética entre 1924 y 1944). Su gran baza, no obstante —y así lo acabará aceptando el propio Ruano— es el articulismo, y ahí es donde Camilo José Cela puede sentirse discípulo de Ruano.

En la época en que se conocen, el autor de *Vía Áurea* es un escritor íntimamente ligado a la vida literaria de Barcelona y Sitges, y de hecho, muchos de los que acompañan a Cela durante su estancia en la ciudad (Ridruejo, Masoliver, Ruibal) mantenían ya una gran amistad con Ruano y le visitaban asiduamente en su enclave de Sitges. Allí había recalado el autor a finales de 1943, cuando tras cerrar su ciclo europeo de casi ocho años por Italia, Alemania y Francia, y sin demasiados deseos de adentrarse de nuevo en la actividad de la vida madrileña, decidía instalarse en aquella villa que le evocaba la vida retirada de Positano. No obstante, Sitges no era únicamente la materialización de aquel ansiado retiro que buscaba Ruano a su vuelta de Europa; tampoco era sinónimo de aislamiento. Además de la cercanía de la ciudad de Barcelona (y por lo tanto, de los contactos editoriales y las posibilidades de colaboración periodística), Sitges contaba con una tradición intelectual y cultural que partía del siglo XIX, y que hacía que sostuviera por sí misma un enorme interés. Además de haber constituido un estímulo para escritores como Ángel Ganivet, Pardo Bazán o el escritor británico G. K. Chesterton, la villa estaba íntimamente ligada a las artes plásticas, en especial a la pin-

6. Los datos de tiraje los tomo de Jaume Guillamet (1996). *Prensa, franquisme i autonomia, Crònica catalana de mig segle llarg (1939-1995)*. Barcelona: Flor del Vent edicions, p. 22.

tura (incluso antes de la llegada de Santiago Rusiñol y Casas, con el nacimiento de la Escuela Luminista). No sólo era cuna de artistas, sino también lugar de encuentro de otros muchos pintores y escritores que se habían instalado definitivamente o pasaban largas temporadas allí, atraídos por su paisaje y su intensa actividad cultural.

La presencia de González-Ruano continuaba en cierto modo esa tradición cultural. Atraídos por el escritor y el personaje, visitaban Sitges con frecuencia los escritores Eugenio Montes, Dionisio Ridruejo, Ignacio Agustí —quien animado por Ruano había decidido instalarse en la villa pocos meses antes de la convocatoria del primer premio Nadal—, Juan Ramón Masoliver, Ángel Zúñiga, Álvaro Ruibal⁷, y los pintores Serrano y Pedro Pruna, además de Sisquella, Durancamps, y los jóvenes escritores Miguel Utrillo y Ramón Planas, que ya vivían allí.

La llegada a la villa de Camilo José Cela, por tanto, enlazaba con esta tradición de ilustres visitantes que había tenido y tenía el pueblo de Subur. Ruano, que había sido ya anfitrión de Sitges para otros escritores, lo era entonces, con enorme satisfacción, para el joven Cela.

El primer encuentro se produce en las Ramblas, cuando les presenta una noche Juan Ramón Masoliver. A la valoración hondamente positiva que le merecía la obra del escritor gallego se sumaba entonces la inmediata simpatía hacia su personalidad: “El



Los matrimonios Cela y González-Ruano

7. En *Huésped del mar* Ruano no se olvida de reseñar que algunas de las personalidades que se vincularon a Sitges lo hicieron de su mano (Ignacio Agustí, Juan Ramón Masoliver, Álvaro Ruibal, entre otros). Cf. César González-Ruano (1945). *Huésped del mar*, Barcelona: Artes Gráf. Raiclán, Col. La Xarmada, p. 77. El hecho de que el libro acabara de imprimirse en agosto de 1945, impidió que el encuentro con Camilo José Cela fuera nombrado en este homenaje de Ruano a la villa de Sitges.

‘flechazo’ de lo que había de ser una gran amistad —cuenta el propio Ruano en el libro quinto de *Mi medio siglo se confiesa a medias*— fue inmediato, pese a todas esas capas de antipatía e impertinencia con las que Camilo intenta defender, no se sabe por qué, en los primeros momentos, sus excelentes, nobles y cordialísimas condiciones.”⁸

Aquella noche, Cela quedaba invitado por Ruano a visitar Sitges, invitación que se hacía realidad el 28 de octubre de 1945. González-Ruano habló personalmente con el alcalde para dotar de carácter oficial a la visita de Cela, a quien se agasajó con una comida y con un recorrido por el Maricel y el Cau Ferrat. La velada corrió a cargo de González-Ruano, quien se encargó de continuar la celebración en su casa de la calle Mayor, 23, por la que en los tres años que allí vivió “pasó de todo y pasó todo.”⁹ Habían acudido también el poeta y crítico Juan Ramón Masoliver, el entonces crítico cinematográfico y teatral Ángel Zúñiga, la pintora Ángeles Tey y los jóvenes poetas Ramón Eugenio de Goicoechea y Mauricio Monsuárez¹⁰. La reunión, que duró hasta bien entrada la mañana siguiente, la recuerda Ruano en sus memorias como “de órda-go a lo grande”: “Hacia las ocho de la mañana, Camilo y otros amigos se fueron, con caras lívidas de coñac y de sueño a la estación.”¹¹ Uno de esos amigos, Ángel Zúñiga, destinó también un espacio en sus *Memorias de un superviviente* a recordar las dimensiones que cobró la velada:

“[...] el desquiciamiento también el día que llegó Camilo José Cela, falangista por aquellas fechas, tiernos los laureles de *La familia de Pascual Duarte*, se le ofreció una cena que ha pasado, ya luego en casa de Ruano, como la mayor leyenda de rompe y rasga. Aquella noche me convencí de que la gente de Sitges era de lo más paciente. En mi vida he asistido a algo que se le parezca.”¹²

8. César González-Ruano (1951). *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Barcelona: Noguer, p. 625.

9. César González-Ruano (1953). *Mis casas (1903-1953)*. Madrid: Gráficas Estades. Cito por la edición de Madrid: Fundación Cultural Mapfre, 2001, p. 67.

10. Estos últimos, junto a Julio Garcés, Manuel Segalá y Juan Eduardo Cirlot, eran en aquel momento los nacientes poetas de Barcelona.

11. César González-Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias*, op. cit., p. 626. Aquel encuentro con Cela significaba también el ejemplo significativo para Ruano de la necesidad de cerrar el ciclo de Sitges. Con la llegada de 1945, la temporada de descanso y retiro —y por supuesto el anonimato— que parecía ansiar allí Ruano acabó convirtiéndose en una vivencia caracterizada por todo lo contrario. A los amigos de la villa (Miguel Utrillo, José Antonio Martínez Sardá, Ramón Planas, y los pintores Prim, Pruna, Serrano, Durancamps) se unieron los de la ciudad de Barcelona. Los jóvenes poetas Mauricio Monsuárez, Julio Garcés, Manuel Segalá, Juan Eduardo Cirlot, Eugenio de Goicoechea, y por otro lado, escritores como Juan Ramón Masoliver, Ignacio Agustí, Álvaro Ruibal, Dionisio Ridruejo, o el crítico Ángel Zúñiga solo son algunos de los nombres que estuvieron ligados a la vida de Ruano en Sitges, y especialmente a sus noches. Ya fuera en Barcelona o en su casa de Sitges, los largos encuentros nocturnos de amistad y alcohol se sucedían vertiginosamente. En 1945 Ruano confesaba pasar en Barcelona cuatro o cinco noches a la semana viviendo las tascas y locales de las Ramblas (Cf. “Vida de los poetas en Barcelona” *Madrid*, 26/5/1945). La vida nocturna repercutió —al decir de Ruano— en su ya frágil salud y en su economía, e hizo, además, que su colaboración se resintiera. En 1945 empezaban, pues, las dudas en torno a la conveniencia de aquel retiro sitgetano.

12. Ángel Zúñiga (1983). *Mi futuro es ayer. Memorias de un superviviente*. Barcelona: Planeta, p. 137.

Fue en aquella noche de excesos en Sitges, entre botellas de coñac vacías donde quedaba sellada la amistad entre César González-Ruano y Camilo José Cela.

Ambos escritores dejaron constancia en sendos artículos de sus apreciaciones sobre esta reciente estancia de Cela en la ciudad condal. Buscando la complementariedad de sus crónicas, mientras que Ruano, desde Barcelona, se dirigía al lector de la capital española; Cela, desde Madrid, escribía para el lector barcelonés.

El artículo de González-Ruano, que llevaba por título "Proclamación de Camilo José Cela en Barcelona", veía la luz el 27 de noviembre de 1945 en el diario *Madrid*, de Juan Pujol. En él Ruano no escatimaba elogios al joven escritor, al que definía con total rotundidad, siguiendo fiel a la valoración expresada en 1946, como "indiscutiblemente el mejor [novelista] de estos últimos tiempos y el único de su generación". Junto al Cela escritor, Ruano destacaba los valores que dejaba traslucir la apariencia del Cela hombre; "un ser humano no parapetado en la 'pose', ni en la insolencia demasiado fácil, ni en la preocupación de ser simpático a la fuerza; un Cela superior a sus años, reposado y con empuje, sereno y con fe en su propia empresa."

Ruano se centra en elaborar la crónica de los días de Cela en Barcelona; sus conferencias en el Ateneo barcelonés (uno de los motivos del viaje de Cela); su visita "oficial" a Sitges, donde Ruano actúa de atento cicerone; e incluso la despedida en casa, que describe el autor en términos parecidos a los de Zúñiga, testigo también de aquella noche:

"la sobremesa, en mi casa, fue casi 'baudelairiana' sin ahorrar nada: alguna rotura de muebles, lecturas, desprendimiento de un lavabo y acompañamiento a la estación, sin acostarse, hacia las siete de la mañana." ("Proclamación de Camilo José Cela en Barcelona", *Madrid*, 27/11/1945)

Por otra parte, la visita de Cela servía de excusa a Ruano para reflexionar, en este mismo artículo, sobre uno de los temas transversales en su articulismo, y que desarrolla más extensamente durante sus años en Cataluña: la incomunicación intelectual y cultural existente entre Madrid y Barcelona, debido en principio a la escasa divulgación que se daba en los periódicos de las novedades que venían sucediéndose en la otra ciudad. Como ya defendía en otras ocasiones, el hecho de que pintores catalanes expusieran sus obras en salas madrileñas era un buen síntoma de que se estaba iniciando el camino de la interrelación entre ambas capitales. La visita de Cela ponía asimismo de relieve las diferencias entre la concepción de la vida literaria en cada una de las dos ciudades. Si en Madrid los escritores se reunían en los cafés y daban importancia a la faceta pública de la vida literaria, los de Barcelona elegían el retiro y renunciaban a los cafés.

Ruano, que había glosado la impresión que a ellos les había producido el autor de *La familia de Pascual Duarte* cerraba su artículo invitando a Cela a dar su propia visión y a escribir sus percepciones de la experiencia barcelonesa:

"Ahora, si él quiere, que nos hable de qué le ha parecido esto y de qué le hemos parecido los que andamos por acá, los que formamos la Barcelona sino internacional, superespañola..." ("Proclamación de Camilo José Cela en Barcelona", *Madrid*, 27/11/1945).

Cela recogía el relevo y el 15 de diciembre de 1945 publicaba en *La Vanguardia* su artículo "Redescubrimiento de Barcelona", cuyas primeras líneas rezaban:

"Mi amigo don César —golondrina de ala delicadísima de la Literatura, celoso lince de la amistad— me emplaza, desde mi casa misma, desde la casa de los dos, César, y de todos los amigos nuestros también, a que cuente a viva voz, o cante —como un pájaro herido, pienso— mi último viaje de estrella fugaz.

Redescubrimiento de Barcelona

Mi amigo don César —golondrina de ala delicadísima de la Literatura, celoso lince de la amistad— me emplaza, desde mi casa misma, desde la casa de los dos, César, y de todos los amigos nuestros también, a que cuente a viva voz, o cante —como un pájaro herido, pienso— mi último viaje de estrella fugaz, que tiembla en la compañía de las gentes de bien, o roba jenova y centuros donde los encuentra, hiriéndose y olvidados como un beso en el extranjero; o pierde pijamas y ese tiempo, ya sabéis, que se esquila en el alma cuando se gana —quizá con trampa— al oído benedito: hablo de Barcelona, donde un día, ya lejano, viví y donde otro día, tan lejano, usé del catalán de mis cinco años, tan perfecto como mis tres lenguas nativas.

Me entristece ver mis fotografías de rey niño de entonces, componiendo una breve figura, en traje de marino, para la posteridad. Y un tercio de mozo con puño de encaje, comiendo con mis padres en el Tibidabo, pasando de la mano de mis Kitty por las Ramblas. Dos ángeles me volaban y una niña, Montse, que me llevaba un año en la edad y medio palmo en la estatura, me pegó una paliza soberana, un varapalo desconcertado. Fue, bien me acuerdo, la primera vez, no la más fuerte, que me pegó una mujer. Un loco apremió mi nombre y el mome de un capitán de cargo noruego se enamoró, rendidamente, de mi prima María, que entonces era ya casi una señorita. Mi mejor amigo de entonces, don Tomás Mafá, que ya murió, muy viejecito, me enseñaba las banderas de los barcos desde su terraza: tenía la barba blanca y los ojos azules; tenía tres hijas mayores —catorce, dieciséis y dieciocho años— que me bebían riendo y arrojadas: tenía una abuela de palomas y un gato sinuado, una perrita caniche, un flautín y todas las banderas de la mar. Don Tomás hablaba, comido de la andadura de las estrellas y del misterioso crecimiento de las flores, juntos tomábamos chocolate y juntos recitábamos —mi tierna voz de tiple, del contrapunto— a Vergader y a Fray Luis. Don Tomás, justito se lo acordó, fue el único hombre que me tomó, alguna vez, en serio. Dios, Dios, qué tristeza me cuesta pensar!

Pero todo acabó. De la abierta Barcelona me llevaron al Londres hermético. Mis padres y mi amiga mis Kitty —la primera mujer con quien pasé a solas, cogidos de la mano—, mis ángeles y la niña Montserrat, el loro, el mome y don Tomás, su barba, sus palomas, su gato, su perrita, sus hijas quedaron lejos. Y Barcelona, también, y las Ramblas y las dos calles que yo conocía... Amo el paisaje en que vivo como el gato a su almohadón eterno. No tengo alma de egipcio-trotter; quizá toda mi sangre familiar haya rodado con exceso el Occidente, ese mundo que sentimos sin latir. A las violentas banderas del mundo en el paddock del Mediterráneo— vinieron a suceder las aburridas, opacas banderas de los docks. Mi ánimo estaba sobreogido, como un mirlo atónico, un jilguero apesadado, y mi memoria lloraba, no horas felices —que todas, o quién sabe si ninguna, lo eran entonces— sino instantes luminosos igual a las miradas de la mujer que impunemente se fija en nuestra buena pinta porque sabe que el tren va a partir. Muchos hombres buenos dejé de marchar, muchas veces, muestras viejas matetas —el ombligo que nos unía al mundo— porque desde una fría estación perdida en el camino, la cantinera o la hija del jefe nos sonrió; o la mujer del doctor, o la sobrina del cura, o la niñera de los hijos de un concejal.

En Londres lloré y me conformé. A los cinco años era un grave ejemplo de conformidad. Entonces ya sabía que una reina montañés y valerosa, y con más madera de mandar, pay, que mis abuelas, me había usurpado esa corona entre bucólica y culta, entre eclesiástica y pastoril, mitad verde del campo que visitaban los cristianos del mundo, mitad verde de la mar que navegaban los últimos paganos del Atlántico —cristianos ya—, con un santo pirata normando a la cabeza, San Olat, y las campanas de la ciudad sumergida sonándose en los idios, cuando andaban la derrota del Gran Sol.

Miré para el agua gris del Canal y pensé que no podía desear. Mi abuelo, el Mariacal, no me lo hubiera perdonado. Ni mis otros abuelos, los Pares corruvilleses que arribaban al cuerpo. Ni las dos abuelas, los pisanos, mis viejos, hartos ya por entonces de contar capitanes y Caribaeas; los Bertolini, a quienes odiaba el pueblo, los Ete y los Ciognanti.

En el Atlántico, pensé, mi mar. Y me agustó. Nadie, en mi casa, ha puesto jamás un mal gesto. Mi tía María, reina de Escocia, murió como una señora. Pequeña, el mariacal, cuando de la Frenxiera y de Caixón d'Ouro, señor de once lugares, perdió el cuello rezando la Salve en latín.

Y mis tres amigos —¡por qué el Destino se complace, a veces, en no desahagarnos del todo?— de cara al mar de Barcelona, quizá ni pensaran en mi desdicha, en la negra sombra que como un hado maligno, me llevaba hacia el Norte.

Pasaron los años golondrina de las carnes hasta que un día...
 Fue como en los cuentos escandinavos. Un día llegó del brazo del buen tiempo; a la orilla del mar, una muchacha rubia me decía: «¡A dónde vas, caminante, tan deprisa, tan pensativo que ni miras para mí!»
 Quiero que repás el día en que redescubrí Barcelona: fue el 23 de octubre de 1945, San Servando. La muchacha del cuento me llevó de la mano: «¡Esta es mi casa, toda de cristal. Cuando me detengo, nado para por la calle. Tengo un caballo blanco que corre veloz como el viento, te lo voy a regalar: a fe marchó dejándome un ligero temblor en las yemas de los dedos...»
 Tardé en reponerme, cuando regresé a Madrid. Barcelona fue esa amante enamorada que no nos deja, a fuerza de amor y amor —un beso, una reverencia, otro beso, otra reverencia— tiempo para la duca. Volé por las calles donde gozaba perdiéndome y me dejó llevar por los amigos —esa fruta que sabéis producir— del mar a la montaña, de Gaudí a Freix; —¡se acuerdan ustedes, don Juan Ramón, don Angel, don Alvaro!—, del culebrín al gran restaurante.
 No corrí el comedor del hotel donde viví —ustedes, don Augusto, don José, don Lluís, don Luis no más, don Carlos, don Guillermo, don Gabriel, don Juan, no me lo permitieron—, ni supe, ¡oh bendición de Dios!, de la nucha color del dinero. Fue en el coche de don Ramón a casa de don Dionisio, divagué con don Carlos en su clínica, y conocí los mandiles de don Xavier y de don Pierre. Llegué en el tren de la costa a casa de don César, dejé una tarjeta en casa del ausente don Ignacio —a quien al día siguiente había de abrazar— y di la mano a dos manos, a los Museos. La mar se enfureció, ligeramente, en mi obsequio y unas monidas apirritadas cruzaron por mí, sus largas elegantes piernas de gailas de otros meridianos.
 Recité versos, canté, bebí y no dormí, como los poetas de la Antigüedad. Mi corazón se llenó de recuerdos como una vieja y mohosa caja de mistico a quien, de repente, la mano de un niño hace temblar...

Esto fue.
 Camilo José CELA

Artículo de Camilo José Cela en *La Vanguardia* (15-XII-1945)

Ese viaje que era su vuelta a Barcelona (había viajado a la ciudad condal por primera vez en su infancia) representaba para Cela el reencuentro con la Barcelona que permanecía en los recovecos de la memoria, y que redescubrió junto a los amigos de la ciudad¹³. A ellos dedica las últimas líneas del citado artículo (el resto lo destina a la plasmación de los recuerdos de niño), en las que tampoco olvida su recién inaugurada amistad con César González-Ruano¹⁴.

II

El siguiente encuentro entre ambos escritores se produce en la capital madrileña, cuando en marzo de 1946 González-Ruano realiza su visita más extensa a Madrid después de llegar de Europa. El escritor pasó entonces más de veinte días en la ciudad invitado por Conrado Blanco, quien poco antes le había visitado en Sitges. Hacía diez años que González-Ruano no pasaba una temporada relativamente larga en la capital madrileña y quizás por ello, los veinte días que vive la ciudad, lo hace como un turista desinteresado, que se dedica a deambular por los barrios que habían ido derramándose y creciendo en su ausencia.

Esta estancia quedó plasmada en dos artículos, uno en *La Vanguardia*, escrito a su llegada a Barcelona, y otro en *Madrid*¹⁵. Por motivaciones derivadas, sin duda, del lugar de publicación del periódico, González-Ruano glosa sus días en Madrid en cada uno de los periódicos desde distintas perspectivas. Pensando en el lector barcelonés, González-Ruano escribe para *La Vanguardia* el 4 de abril de 1946 “Visita a los Madriles,” una crónica centrada en los cambios que se han dado en Madrid hasta ese momento; sobre todo en cuanto a su crecimiento urbanístico, que la convierten en “una gran ciudad moderna,” que no ha perdido, sin embargo, su idiosincrasia, “su señorío, su solera”.

13. No me ocuparé aquí de las relaciones entre Cela y otros escritores e intelectuales de la vida barcelonesa. El lector interesado puede acercarse al breve, pero sugerente artículo de Adolfo Sotelo Vázquez, “Los amigos barceloneses de Cela,” publicado en *La Vanguardia*, el 11 de febrero de 2002.

14. La visita a Barcelona, y la presencia allí de los amigos, debieron contribuir a que Cela llegara a plantearse trasladarse a la ciudad condal. En carta a Dionisio Ridruejo, en respuesta a la que éste le enviaba hablándole de la disponibilidad de una casa en Sant Cugat, Cela le comenta sus deseos de cambiar Madrid por Barcelona, si las circunstancias profesionales y económicas fueran otras: “Si yo pudiese —cosa que quizá algún día suceda— ganar en Barcelona las cuatro mil pesetas que necesito cada mes, no dudes ni un momento que cogía el tren con los míos” (Madrid, 16 de diciembre de 1945, Jordi Gracia (2007). *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*, op. cit., p. 164).

15. *Madrid* fue el primer periódico madrileño en el que empezó a colaborar a su vuelta a España, en noviembre de 1943, incluso antes que en *La Vanguardia*. Al mismo tiempo que inició su colaboración en *Madrid*, González-Ruano entró a colaborar en la revista *Destino*.

Asimismo, descifra lo que en su opinión se esconde tras el concepto de “lo madrileño”, que relaciona con la aclimatación que se produce en los recién llegados, a los que Madrid “devora y asimila en pocos años, los enmadrileña”¹⁶. A diferencia de la crónica informativa que define el artículo escrito para *La Vanguardia*, el relato de la estancia en Madrid se torna mucho más personal y emotivo en el artículo destinado al diario de la capital, que publica con el título “Visita a Madrid” el 25 de marzo de 1946, cuando aún no ha concluido su estancia. Por un lado, González-Ruano se entrega aquí a la divagación, casi lírica, que le provoca el reencuentro con el contexto de su juventud:

“Aquí el perfume de la juventud embriaga y pone en pie demasiados fantasmas edificando sueños en la plaza mayor de cada instante, colocando primeras piedras sobre cada ruina que encuentra el sentimiento; porque mi corazón vive en un terco afán de lucha entre regiones devastadas.” (*Madrid*, 25/3/1947)

Por otro lado, el autor lamenta la incomunicación que existe culturalmente entre Barcelona y Madrid, y opone la tranquilidad de su retiro en Sitges al auge de la actividad literaria en la capital, que le ha permitido asistir a lecturas; reencontrarse con Alfredo Marqueríe, Cunqueiro, Taxonera, Miguel Pérez Ferrero; o pasear por las calles de Madrid junto al joven amigo Camilo José Cela, que por entonces vive en el número 185 de la calle Alcalá.

De nuevo responde Cela, a través de la prensa, con sus impresiones sobre esta visita a Madrid del autor de *La alegría de andar* y las sensaciones que le produce este segundo encuentro. Las expresa en el artículo titulado “Un escritor pasa por Madrid”, publicado en *Arriba*, el 11 de abril de 1946¹⁷.

16. Una nueva visita a Madrid, en octubre de ese mismo año de 1946, antes de su traslado definitivo, le lleva a reflexionar de nuevo en *La Vanguardia* sobre la esencia de “lo madrileño”, el 22 de octubre de 1946, en una crónica titulada “Raro artículo que a lo mejor no gusta”. El posible desagrado que podía causar el artículo, al que hace referencia Ruano en el título, estriba en el hecho de que su meditación iría probablemente en contra del tópico general según el cual el defecto de Madrid estaba en la excesiva afluencia de españoles de otras provincias. Ruano, piensa en cambio, que en ello radica precisamente el carácter de la ciudad: “El tópico es añorar un Madrid de hace quince o veinte años por lo menos y decir que aquel sí que era un Madrid señor, cómodo y estupendo, y no este de ahora, cargado de tíos que han llegado de sus pueblos, de negociantes sin clase y de paniaguados pedantes, lo primero es una perogrullada, porque no Madrid, sino toda Europa de hace quince o veinte años era más señora, más cómoda y más estupenda —sobre todo teniendo algún dinero, fenómeno también aplicable a la Edad Media—, y lo segundo, lo de los tíos de sus pueblos, no es verdad. La actual grandeza de Madrid está precisamente en que nunca como ahora ha sido capital de todos y para todos, y lo que contribuyen con su dinero, con su trabajo, y aun con su presencia los provincianos no es nada indiferente, ni por supuesto fuera de la tradición madrileña, que es la rápida aclimatación del forastero.” (“Raro artículo largo que a lo mejor no gusta”, *La Vanguardia*, 22/10/1946). Esta será la postura que defiende en toda ocasión en que aborde el tema, valiéndose para ello, incluso, de terminología de adscripción franquista, como cuando afirma que “Madrid nace y crece en la grandeza de la unidad y la universalidad.” (*ibidem*)

17. Recogido en *Cajón de sastre, Obras Completas*, t. 12, Barcelona: Destino, 1990, pp. 280-285.

En él, además de glosar dicha visita, Cela describe con certeras pinceladas el tipo de escritor que es Ruano, “dándose incesantemente a la amistad, trabajando sin tregua y sin descanso”; el autor cuya obra “requiere un constante batirse, día a día, en la brecha, un permanente entregarse sin una sola claudicación, siempre gentil y sonriente [...] a la ira o al aplauso [...] del lector”¹⁸. Coincidiendo en su juicio con la mayoría de los críticos y escritores del momento (Fernández Almagro, Dámaso Santos, Josep Pla), valora y admira especialmente la labor del González-Ruano articulista, quien cada mañana continúa sin descanso en el café la obra en marcha que en forma de artículos quedará dispersa la mayoría de las veces en las páginas volanderas de los periódicos y que le hizo ganar —según balance del autor de *Mi medio siglo se confiesa a medias*— “la calderilla de la fama,” a costa de perder “el oro de la gloria.”

No hay en la valoración de Cela ningún desdén hacia el género del artículo; al contrario, reconoce el talento de Ruano en el dominio de la construcción de cada pieza, conseguido con la constancia de la dedicación diaria, y una rapidez en la redacción que admiraba a muchos, aunque más tarde comentara Cela —también como otros muchos (Juan Manuel de Prada, Luis Antonio de Villena, Miguel Pardeza)— que precisamente “a González-Ruano lo desbarató la prisa”¹⁹.

En el artículo de junio de 1946, Cela sólo tiene halagos para González-Ruano, el mayor de los cuales es enfatizar que su labor continua, incesable, ya sea en casa, o en los cafés (donde Cela lo ha visto trabajar en su visita a Barcelona), le hacen merecedor sobradamente del calificativo de escritor. En Ruano, se cumple —en opinión de Cela— la máxima de que la inspiración es sencillamente “trabajar todos los días”.

Las escasas referencias que sobre la obra de César González-Ruano existen en la obra de Camilo José Cela son relativas casi exclusivamente a su articulismo; el género que define a Ruano como escritor, y del que Cela puede sentirse discípulo. Por otra parte, las referencias que encontramos en la obra de César González-Ruano sobre el Cela escritor son concernientes al género de la novela, que Ruano no se cansa de ensalzar. La novela, a pesar de las muchas ficciones que publicó, no era el género, siempre dedicado a él con premura, en el que Ruano podía destacar en el panorama literario de su tiempo. A la altura de la calidad y tipología de la novela corta de los Alberto Insúa o

18. El artículo fue recogido en *Cajón de sastre, Obras Completas*, t. 12, *op. cit.*, pp. 280-282.

19. Camilo José Cela (1992). “El ejemplo,” *El camaleón soltero*. Madrid: Grupo Libro, 1992, p. 92. En este mismo artículo, Cela pone en boca del bachiller Gutiérrez la idea de que “Ruano fue un escritor de la talla de Larra que cometió el error de no pegarse un tiro a tiempo.” (p. 91). Francisco Umbral recuerda esta opinión de Cela en uno de sus artículos en torno al autor de *La colmena*: “Cela decía por entonces: —Ruano es un cursi pasado. Y muchos siglos más tarde: —La prisa. Le perdió la prisa.” (Francisco Umbral (2002). “Cela,” *El Cultural de El Mundo*, 17/4/2002).

los José María Carretero (a pesar de sus críticas expuestas en el artículo de 1947, "Las intimidades de la novela"²⁰), son textos que, como el resto de la obra ruaniana, apuestan por la sencillez expresiva, que cae muchas veces en un descuido estilístico, que no se ve compensado por un buen argumento o un detenido trabajo en la configuración de los personajes. Sus tanteos en el género están, por tanto, a una distancia insalvable de los resultados obtenidos por Cela, y las referencias que encontramos en la obra de Ruano a la novelística de Cela ponen de manifiesto que Ruano es plenamente consciente de ello.

Si bien el autor de *Las palabras quedan* no se consideró nunca a sí mismo crítico literario, nos encontramos en su obra con algunas opiniones sobre la evolución y la trayectoria de la novela en España en las que el nombre de Cela tiene un lugar destacado. Cuando en "Auge y experiencia de la novela" (LV, 27/6/1946)²¹ repasaba la historia del género, Ruano no era demasiado optimista con el panorama que ofrecía en los años cuarenta la novela española. Pasada la generación del 98, con su variedad de estilos y riqueza de matices, que permitía tener al mismo tiempo "obras de Pío Baroja, de Blasco Ibáñez, de Pérez de Ayala y los *cuasi-novelistas*: el pensador Unamuno, el esteticista Valle-Inclán, el miniaturista Gabriel Miró, los cronistas de novela esporádica como José María Salaverría y el gran Manuel Bueno, y el originalísimo Ramón Gómez de la Serna, de difícil filiación", los años del novecientos y los inmediatamente anteriores a la guerra parecían mostrar el agotamiento del género²². Y a pesar de que la novela contemporánea de los años cuarenta no ofrecía —a juicio de Ruano— un horizonte mucho menos desolador, aún podían salvarse algunos nombres, en especial la confirmación del joven Cela:

"Pasada la guerra española, ¿qué puede señalarse en la novela nacional? Camilo José Cela evidentemente es un escritor de raza y nervio que tiene en su haber dos novelas bien conocidas, *La familia de Pascual Duarte* y *Pabellón de reposo*, amén de otros libros de invención. Ignacio Agustí obtiene un éxito con dos novelas relacionadas con la vida catalana, *Mariona Rebull* y *El viudo Rius*, [...] Apenas con el inquieto ingenio de Alfredo Marquerie y con la fácil novela de aventuras de Luis Antonio de Vega podemos completar la mínima muestra de la actual novela española, que tiene también un fecundo representante en Cecilio Benítez de Castro y en la novela rosa de Carmen de Icaza." ("Auge y experiencia de la novela", LV, 27/6/1946)

20. A la muerte de "El Caballero Audaz" confesaba lo difícil que había sido para él escribir un artículo sobre la novela de José María Carretero, en vida de éste. En su necrológica, ponía de relieve estos defectos a la vez que valoraba su maestría en la entrevista: "es evidente que si la obra de imaginación de "El Caballero Audaz" se resiente para nosotros de molicies mejor que de defectos de lo que pudiéramos llamar moda literaria, sus interviús son un modelo que difícilmente podrá nadie evitar como documento fidedigno de un ciclo de nuestra contemporaneidad." ("En la muerte de 'El Caballero Audaz'", *La Vanguardia*, 2/12/1951).

21. Se indica *La Vanguardia* mediante la abreviación LV.

22. Apenas salva a Cansinos Asséns, Ledesma Miranda y Bartolomé Soler.

Sus apreciaciones eran ratificadas un año después, al desentrañar “Las intimidades de la novela” (LV, 20/5/1947) y ofrecer su visión sobre los caminos hacia los que se dirigía el género. El artículo retomaba el tema sobre el que José María Gironella había disertado en el Ateneo Barcelonés. Apuntaba en él Ruano que los rasgos definitorios de la nueva novelística, por encima de las variantes que ofrecía cada individualidad, eran la falta de virtuosismo, por un lado, y el renacimiento del realismo, por otro. El escritor reiteraba entonces los nombres y algunas de las ideas expuestas en el artículo de junio de 1946: la calidad literaria de Baroja, la decadencia de la novela durante el novecentismo, y la esperanza que suponía para el panorama novelístico la aparición del ya amigo Camilo José Cela, que junto a Gironella, representaban la esperanza de un posible resurgimiento del género, y recordaban a Ruano, en ocasiones, el modo de hacer barojiano:

“Poco ha surgido después de un Baroja en la generación del noventa y ocho. Los epígonos de ésta cuentan con Ramón Pérez de Ayala, y ya la generación del novecientos o modernista sostiene, en general, un puro desastre con la novela pseudoerótica de los Mata, Insúa, etc., o la modalidad casticista y arcaizante de la que más vale no hablar. Aun buscando con linterna generosa, después apenas hay nombres que den lugar a la esperanza fuera del de Bartolomé Soler y el de Ledesma Miranda, y en la última hora, el de Camilo José Cela, aparición impresionante de juventud.” (“Las intimidades de la novela”, LV, 20/5/1947)²³

III

La relación personal y literaria entre César González-Ruano y Camilo José Cela se afianzó y se intensificó después del segundo encuentro en Madrid, cuando Ruano se trasladó definitivamente a la capital en 1947. La etapa de Sitges se había ido cerrando progresivamente para Ruano, y quedó en su memoria fundamentalmente como una mala decisión, que repercutió negativamente sobre todo en su salud. En los años cincuenta, en una entrevista a Marino Gómez Santos confesaba al joven amigo: “Sitges fue para mí un error enorme. Perdí cuatro años exactos de mi vida. Son cuatro años que no son vividos, sino bebidos. Y todavía estoy arrastrando la resaca.”²⁴

23. González-Ruano dedicará en *La Vanguardia* algunos artículos a escritores que no menciona en este elenco, pero a los que consideraba igualmente imprescindibles dentro de la novela española de su tiempo, como Rafael Sánchez Mazas, José María Gironella o Ana María Matute.

24. Marino Gómez Santos (1958). *César González-Ruano*. Barcelona: Cliper, pp. 63-64. El texto íntegro de esta pequeña obra fue recogido por su autor, unos años más tarde, en su volumen antológico *Espanoles en órbita*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1964, pp. 191-240.

Aunque la idea de marcharse la había estado gestando desde mucho antes²⁵, la vuelta definitiva a Madrid se produce en septiembre de 1947. Allí esperaba Ruano “abordar de cara la batalla profesional que no había aún dado”²⁶ por haber estado alejado de la actividad literaria madrileña.

En su *reentré* madrileña, la cercanía y la amistad de Camilo José Cela en los primeros años es constante. La creciente amistad se plasma significativamente en el hecho de que unos meses después de que en septiembre de 1948 alquile González-Ruano un séptimo piso en Ríos Rosas, 54, lo hace Camilo José Cela. Ruano —que había celebrado la víspera de año nuevo en su recién estrenada casa, junto a Cela, el director de *El Alcázar* José Pizarro y sus respectivas esposas, además del joven Rafael de Penagos— animó al amigo a trasladarse (ambos vivían previamente en la calle Alcalá), conocedor de los deseos de Cela de cambiar de residencia. Más adelante, animaría de igual modo al pintor Manuel Viola, quien a su llegada de París se instaló con su mujer, también en 1949, en el piso superior del mismo edificio²⁷.

En la forja de la relación personal entre Cela y Ruano influye asimismo la coincidencia de sus colaboraciones en las páginas de los mismos periódicos. Ambos escriben para el diario *La Tarde* —cuyas puertas le abre Ruano a Cela en 1948—, *ABC*, *La Vanguardia* —donde Cela empieza a colaborar con regularidad a partir de 1949— y *Arriba*, en la época en que es director Xavier Echarri. La lectura de algún artículo del amigo, o la actualidad de alguna realidad compartida, propicia, incluso, en ocasiones, el arranque del propio artículo. Aunque anecdóticas, las muestras que encontramos en los dos sentidos muestran el continuo vínculo. En el caso de Cela, ocurre por ejemplo, con “Divagación sobre el regalo y... ¡viva San Valentín!” (*Arriba*, 3/2/1948), artículo que le suscita la lectura de una crónica de César González-Ruano, en que éste aboga por la inmediata importación del Día de los Enamorados; o con “Una pistola de desafío” (*Arriba*, 16/3/1948), que gira en torno al regalo envuelto en papel de seda que le ha hecho su amigo Ruano, desvelado en el título; o con “Genio y figura de un dandy romántico” (*Arriba*, 16/11/48), nacido asimismo de un “artículo donoso y sugeridor,

25. El germen de su vuelta se encontraba en aquella estancia decisiva de marzo de 1946, y en el efecto que le produjeron los consejos de Conrado Blanco, a quien le dedicó, en agradecimiento a su invitación a Madrid, el volumen de relatos de *La vida de prisa*, que se publicó en Barcelona en agosto de 1946, poco después de su viaje “Al poeta Conrado Blanco. Estos recuerdos de varios climas, y porque faltando yo muchos años de Madrid, él me lo volvió a enseñar haciéndome regalo de calma en su vida de prisa...” (César González-Ruano (1946). *La vida de prisa*. Barcelona: Ediciones Lince). En el artículo citado “Visita a Madrid” (*Madrid*, 25/3/1946) esbozaba ya sus dudas en cuanto a las razones que le mantenían en su voluntario retiro (“El porqué no vivo aquí no lo sé ni yo mismo”), y recoge las instancias de algunos amigos a que viva en la capital, en lo que parece un tanteo en el ámbito madrileño, por parte de Ruano, de su posible regreso.

26. César González-Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias*, op. cit., p. 631.

27. Cf. María Isabel Serrano, “El tercer hombre, la tercera placa”, *ABC*, 14/5/2006, Madrid, p. 45, artículo escrito a raíz de la entrevista con la viuda de Manuel Viola.

como suyo" publicado por Ruano en torno a la figura de don José M^a Salamanca y Mayor, personaje que retoma Cela. En el caso de Ruano, descubrimos este mismo fenómeno por ejemplo, en "Un centenario ilustre" (*La Vanguardia*, 7/3/1951), texto que parte de la lectura de un artículo de Camilo José Cela en *Arriba*, donde se recuerda la celebración del centenario de la creación del Real Instituto Industrial de Madrid. No obstante, ocurre con menos frecuencia, pues sus referencias a la obra de Cela las encontramos sobre todo, en sus diarios íntimos, que escribe desde 1951, en algunas entrevistas, o en artículos donde surge el comentario de algún aspecto de la obra de creación de Camilo José Cela, como la comparación con Louis-Ferdinand Celine en el artículo dedicado al autor de *Voyage au bout de la nuit*, "Una inteligencia en el destierro" (*La Vanguardia*, 9/7/1947), donde aludiendo al tremendismo de Celine, afirma que "A su lado, nuestro joven Camilo José Cela parece la hermana San Sulpicio."

Pero sin duda, el elemento que más favorece el enriquecimiento de la relación entre Camilo José Cela y César González Ruano —posibilitado por el traslado de Ruano a la capital— es la coincidencia de ambos en las tertulias de los cafés, donde se desarrolla la vida literaria madrileña. El recorrido vital y profesional de Ruano está ligado continua y permanentemente al espacio del café, escenario de formación de gustos y tendencias, de intercambios de influencias, y de encuentros entre maestros y discípulos tan decisivos como Cela-Ruano o Umbral-Ruano.

Incapaz Ruano de escribir en otro lugar que no sea el café²⁸ (a diferencia de Cela que prefiere la tranquilidad y concentración que le ofrece su casa), su literatura, y en especial, su articulismo, no puede entenderse desvinculada de ese espacio. Por un lado, es el lugar elegido para llevar a cabo su proceso creador (inconcebible para él sin la compañía de su tabaco y su café con leche); y por otro lado, contribuye a nutrir su literatura, gracias a las escenas y tipos que conforman el singular microcosmos del café y que el escritor transforma en materia literaria, convirtiendo, por tanto, el espacio vital en espacio literario o de ficción, a través de las escenas costumbristas que cobran vida en algunas de sus crónicas.

Esta potencialidad del café como lugar de ficción la comparte Camilo José Cela. De hecho, es esta misma concepción del café como lugar donde se ofrece la vida concentrada lo que lleva a Cela a ambientar *La colmena* en el café "La Delicia" de Doña Rosa, para cuya configuración se basaría el autor en el real Café Europeo de la Glorie-

28. "Esta especie de manía de escribir en algún café que sólo ahora voy venciendo en parte, ha intrigado a muchos y se ha interpretado más de una vez como una supervivencia de una vida bohemia que en realidad yo no hice nunca, porque hasta en las épocas más disipadas he atendido mi trabajo casi de una manera burocrática. [...] También me gusta mucho la tertulia y siempre he procurado hacer compatible el trabajo con la charla, para lo que tuve una gran facilidad." (*Mi medio siglo se confiesa a medias*, op. cit., pp. 639-640)

ta de Bilbao, nombre que iba a recibir en un principio la novela de 1951. Por otra parte, en el artículo “Exprés con leche y recado de escribir” (*La Vanguardia*, 8/4/1950²⁹), Cela confesaba que a pesar de no “ejercitar” la escritura en el café, a veces éste podía ser un buen lugar para el trabajo de creación:

“El hecho de que, en general, prefiramos escribir en nuestra propia casa, arropados por el ambiente que hemos ido haciéndonos al lento pulso del correr del tiempo, en modo alguno significa que no nos expliquemos que se pueda escribir en el café e incluso que se deba, si el sordo arrullo de su pequeña multitud tensa las cuerdas del alma a la tensión precisa.” (*La Vanguardia*, 8/4/1950)

La atmósfera del café, en que participaban los diversos tipos que convivían en el mismo espacio (protagonistas de tertulias que se escuchan de fondo, la presencia del “cliente solitario y taciturno”, el “mirón curioso”, la pareja de novios, etc.), contribuía a crear ese ambiente propicio para el escritor.

Acompañado de exprés con leche, y recado de escribir, incluso Cela se anima a utilizar como oficina el café, concentrado microcosmos de la vida humana:

“El mundo del café es un universo cerrado en sí mismo, hermético y acariciador, inaprehensible e impar, y su rumor es un eco minúsculo y con sordina del otro mundo, del mundo abierto como un balcón a todos los vientos, a todos los desgarrados y crueles afa-nes, a todas las destempladas voces.” (*La Vanguardia*, 8/4/1950)

En este universo coinciden con frecuencia Camilo José Cela y César González-Ruano. Reincorporado ya a la vida madrileña, el Café Glaciar de Barcelona y el Chiringuito de Sitges, testigos habituales de la escritura de Ruano tras su vuelta de Europa, son sustituidos por el Café Gijón, nueva sede matinal del escritor. El Café Gijón fue uno de los cafés más queridos por Ruano, y así lo reflejan los recuerdos plasmados en *Mi medio siglo se confiesa a medias*, donde aparece descrito como la representación en los años cincuenta de “el último café literario de Madrid”³⁰, de fuerte tradición y con un “censo imponente”. Allí escribe y mantiene su tertulia, a la que asiste ocasionalmente Camilo José Cela, y a la que no faltan asimismo Mariano Rodríguez Rivas, Mauricio Monsuárez, Eduardo Alonso, Víctor Ruiz Iriarte, Joaquín Calvo Sotelo, Esteban Sanz o Ramón Ledesma Miranda. Cela participa igualmente de la tertulia que Ruano emprende (en la que también están presentes los jóvenes escritores Antonio Torreblanca, Rafael de Penagos, Eduardo Alonso o Pedro de Lorenzo) en el Café Comercial de la Glorieta de Bilbao, que alterna con el Café Gijón durante algunos meses, por la proximidad con la

29. Recogido en *Cajón desastre*, *Obras Completas*, t. 12, *op. cit.*, pp. 245-248.

30. César González-Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias*, *op. cit.*, p. 668.

redacción de *La Tarde*, periódico para el que colaboró Ruano entre 1948 y 1949, y al que, como hemos comentado con anterioridad, también envió Cela sus artículos.

La fidelidad y la amistad llevan incluso a Cela a seguir a Ruano, tras la ruptura con el Café Gijón, al desaparecido Café Teide del Paseo de Recoletos. Ruano llega a él a mitades de los años cincuenta, en un acto de solidaridad para con el joven discípulo y amigo Marino Gómez Santos, cuya *Crónica del Café Gijón* (1955), volumen prologado por Ruano, al parecer había disgustado a más de un cliente.

En *La memoria cruel* cuenta Marino Gómez Santos el motivo de la discordia, y cómo desembocó la situación en la decisión de marchar de forma definitiva del Gijón una noche en que también estaba presente Camilo José Cela:

“Una noche salimos a cenar César, Camilo José Cela y yo a un restaurante que se llamaba La Argentina, que estaba por Augusto Figueroa. Al volver nos sentamos en la terraza del Gijón y vino Luna, Manolo Luna, el camarero, que era, como si dijéramos, el portavoz de los escritores ante las revistas literarias, el que contaba noticias y todas esas cosas. Luna nos dijo: ‘Tengo un gran disgusto porque don José nos ha prohibido que les sirvamos café porque don César y el autor del libro han molestado a algunos clientes.’ Entonces Camilo replicó: ‘Esto se arregla ahora mismo’, y se fue al teléfono y llamó a la Policía. Vino la Policía y preguntó: ‘¿Estos señores tienen alguna deuda en el café?’ ‘No, ninguna.’ ‘¿Estos señores han hecho algún escándalo público?’ ‘Pues no, señor; es por una apreciación literaria del dueño del café’, respondió Camilo. ‘Pues sirvanles ustedes café.’ Esa noche me dijo César: ‘Joven Telémaco, a partir de mañana nos trasladamos al Teide.’ Y César que llevaba yendo al Gijón desde que volvió a Sitges desde Francia, en 1941, no lo pisó nunca más, y yo tampoco, aunque al cabo del tiempo he ido alguna vez.”³¹

A partir de entonces, fue en el Café Teide donde Ruano pasó a escribir sus artículos y protagonizar tertulias a las que asistían fijos e itinerantes. No obstante, habiéndose marchado ya a Mallorca (aun conservando el piso de Madrid), las apariciones de Cela por los cafés, y por tanto, por las tertulias, son a partir de ese momento cada vez más esporádicas, y la distancia entre ellos empieza a subrayarse. Sin embargo, como hemos señalado desde el principio, la relación de amistad no se quiebra. En 1956, coincidiendo con la salida del segundo número de *Papeles de Son Armadans*, González-Ruano visita Mallorca, y el amigo le hace de atento cicerone por el barrio de El Terreno, con comida incluida en el afamado restaurante “El Patio”. De dicho encuentro Ruano deja una breve reseña en *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo* (1959), donde en su recorrido por los lugares revisitados a través de la memoria no se olvida de su viaje a Palma, y las impresiones que le produjo:

31. Marino Gómez Santos (2002). *La memoria cruel*. Madrid: Espasa.

"Mi conocimiento previo de El Terreno, antes de ninguna otra cosa, se debió a que allí vivía Camilo José Cela, quien me llevó, de aperitivo en aperitivo, por sus múltiples bares, por sus empinadas callecitas, antes de que fuéramos a comer a 'El Patio' y a tomar café en 'El Castillo'."³²

Ya con anterioridad Cela y Ruano habían sido breves compañeros de viaje. A principios de 1948, cuando Ruano llevaba en Madrid apenas unos meses, y ambos vivían aún en la misma calle de Alcalá, Cela había invitado al amigo a conocer Cebreros³³, el lugar donde pasaba sus temporadas de descanso. La posibilidad de adquirir una casa en aquel pueblo de Ávila, como le habría propuesto Cela, se le disipó pronto a Ruano, ante las consecuencias que el clima de aquellas tierras tuvo para su salud:

"Camilo quería que conociera Cebreros, donde él pasaba los veranos, y me animaba a que buscara yo también una casa. No había animación posible, porque con todos los respetos para la iglesia herreriana de Cebreros y para su gente, que me pareció muy simpática y a la que agradecí su amable acogida, sabía yo que en esta villa hacía casi tanto calor en verano como frío pasamos en invierno, que fue tal que regresé enfermo y con una fiebre muy alta, volviéndose a empeorar mi salud con la excursión a estas tierras de Ávila."³⁴

En la Semana Santa del año siguiente comparten un nuevo viaje; en esta ocasión a Cuenca, adonde son invitados por el poeta Federico Muelas, natural de la ciudad, y gran amigo de ambos. Les acompaña también en esta visita el grabador Manuel Ariztízabal. Para Ruano, que había visitado la ciudad en 1924, este viaje en abril supone el primer contacto profundo con Cuenca, al que da continuidad durante ese mismo verano de 1949, cuando invitado por el Ayuntamiento, Ruano permanece en esta ciudad desde principios de julio hasta mediados de septiembre. De tal modo le entusiasma la ciudad al escritor que a partir del verano de 1949 encuentra allí ese refugio necesario para las épocas de voluntario destierro, y se convierte para él en su patria de adopción, cuyas impresiones plasma en multitud de artículos. Desde 1949 visitaría con frecuencia la ciudad, sobre todo en la década de 1955-1965, cuando adquiere su casa-palacio en la zona vieja de Cuenca. Como había ocurrido en Sitges, el ambiente cultural de Cuenca se avivó con la presencia allí de Ruano, pues propició la visita de figuras relevantes de los círculos artísticos y literarios de Madrid. En su casa-palacio —y también en el café Colón, donde había establecido su cuartel general para escribir, y acontecían animadas tertulias literarias— recibió a personalidades de la talla de

32. César González-Ruano, *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo*. Madrid: Afrodísio Aguado, Col. Vida e Historia, núm. 9, p. 110.

33. De las estancias de Camilo José Cela en Cebreros nacen los artículos, publicados en su mayor parte en *Arriba* entre 1947 y 1950 y recogidos en *El Gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos* —en la edición de las *Obras Completas*—, bajo el título de *Cebreros*.

34. César González-Ruano: *Mi siglo se confiesa a medias*, op. cit., p. 645.

Rafael de Penagos, Bartolomé Soler, Juan Ramón Masoliver, Fernando Díaz-Plaja, Alfredo Marqueríe, Dámaso Alonso, Eugenio Montes, o Gregorio Marañón, entre otros³⁵.

Cela y Ruano se sumaban a todos aquellos escritores que maravillados por el paisaje conquense lo habían llevado a su literatura, desde Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, o Pío Baroja (cuya visión de la ciudad en *La canóniga* cita con frecuencia Ruano, e incluso se cruzan una carta sobre ello), a Eugenio d'Ors.

El viaje que Cela y Ruano realizan juntos en abril es el origen del artículo que el primero escribe para *Arriba* el 23 de junio de 1949, con el título "Cuenca abstracta, la de la piedra gentil". El viajero describe emocionado la espiritualidad que sugiere la ciudad: "Caminando Cuenca, trotando Cuenca, galopando Cuenca, al viajero le brotan, de súbito, alas en el alma, desconocidos mundos en el mirar"³⁶, y acompaña su visión de una larga enumeración de adjetivos que conforman la imagen sugerente que ofrece el paisaje y la arquitectura de Cuenca, en un cuidado fragmento de literatura en periódico:

"Cuenca abstracta, pura, de color plata, de gentiles piedras, hecha de hallazgos y de olvidos —como el mismo amor—, cubista y medieval, elegante, desgarrada, fiera tiernísima como una loba parida, colgada y abierta; Cuenca, luminosa, alada, airada, serena y enloquecida, infinita, igual, obsesionante, hidalga, vieja Cuenca." (*Arriba*, 23 de junio de 1949)

La vinculación con Cuenca fue mucho más intensa, como hemos recordado, en el caso de Ruano, hasta el punto de que se decía en la ciudad que "César era ya uno más de los elementos característicos del paisaje conquense"³⁷. Esta vinculación dio como frutos múltiples artículos sobre Cuenca que publicó en distintos periódicos nacionales y provinciales: *Arriba*, *La Vanguardia*, *Informaciones*, *ABC*, *Pueblo*, y el diario *Ofensiva de Cuenca*, así como una *Guía de Cuenca* (1956) y una recopilación de textos aparecidos en su mayor parte en el diario *Informaciones* entre 1961 y 1962, bajo el título de *Pequeña ciudad* (1963). El interés de Ruano por Cuenca, y las impresiones y sugerencias que le provoca la ciudad van cambiando con las distintas estancias transcurridas hasta 1965. La monumentalidad, y la belleza urbanística y paisajística que en un principio le atraen de la ciudad, pasan a un segundo plano ante la fascinación por las gentes, la atmósfera y la intrahistoria conquense. La mirada se detendrá entonces en la vida interior de la pequeña ciudad, en la relación entre el hombre y el medio, que dará al lector fragmentos de escenas costumbristas en movimiento, que muestran los perfi-

35. En el artículo "Cuenca y los catalanes" (*La Vanguardia*, 22/4/1955), recuerda Ruano cómo él "trajo" a Cuenca a Camilo José Cela, Bartolomé Soler, Juan Ramón Masoliver, o el escultor catalán Rebull.

36. El autor incluyó el artículo en *Cajón de sastre* (1957), *OC*, op. cit., t. 12, pp. 471-473.

37. Hilario Priego y José A. Silva (eds.), introducción a César González-Ruano, *Artículos sobre Cuenca* (1984), Carboneras de Guadazaón: El toro de Barro, p. 20.

les de la capital de provincias. Se trata de un interés que se extrapolará a otros espacios recorridos por el autor, incluido Madrid. La plasmación de un nuevo costumbrismo que sigue la línea de Larra es uno de los mejores aciertos del articulismo de González-Ruano, que traspasa sus libros de viajes.

Tanto Camilo José Cela como César González-Ruano fueron grandes viajeros que compartían el mismo anhelo de captar la verdadera esencia de los espacios, aprehendiendo la vida de los tipos dentro de su ambiente. No obstante, como ocurre en el género de la novela, los resultados que ofrecen Cela y Ruano en su acercamiento a la literatura de viajes, aun partiendo de unas mismas consideraciones, se alejan de forma notable. Lo que les separa primordialmente es el detenimiento y el cuidado a nivel textual que existe detrás de la obra en prosa de Camilo José Cela, que en González-Ruano se sustituye por una frescura y una prosa ligera que está ligada al origen periodístico de la mayor parte de sus trabajos, lo que desprende asimismo a sus libros de un hilo continuo, unitario, que sí está presente en las obras de Cela.



Camilo José Cela y González-Ruano, con varios amigos, en 1963

Viaje a la Alcarria, por ejemplo, volumen con el que empieza la literatura de viajes de Cela, y con el que busca el redescubrimiento de España a partir del entroncamiento con su estética del carpetovetónismo, y una fórmula que sigue en libros sucesivos, como *Del Miño al Bidasoa* (1952), *Primer viaje andaluz* (1959) o *Viaje al Pirineo de Lérida* (1965), está concebido de forma unitaria. Cela escribió su obra sobre el viaje que

realizó a la Alcarria entre el 6 y el 15 de junio de 1946, a partir de las notas que fue tomando durante el viaje, hizo su revisión final en 1947 y finalmente publicó el volumen en 1948. El texto no refleja solo geografía, sino figuras, individuos que la pueblan: viajeros de comercio, venteras, criaturas de mesón y parador, tenderos maliciosos, curas emprendedores, etc.; criaturas todas ellas que surgen ante los ojos itinerantes del viajero. Vemos en *Viaje a la Alcarria*, un “paisaje con figuras,” o “criaturas de paisaje,” según sintagmas de Pozuelo Yvancos, para quien el texto, más que un paisaje entero, ofrece un mosaico de personajes, una “visión caleidoscópica y variada de muchos modos de arrastrar una existencia apegada a un medio concreto”³⁸. Estos individuos, unidos a su entorno, ligados al paisaje, representan el paisaje mismo.

González-Ruano, cuyos viajes a la altura de 1948 habían dado lugar o bien a volúmenes de crónica periodística, con un objetivo claramente informativo (*Un español en Portugal*, 1928; *Viaje a África*, 1934; *Seis meses con los nazis*, 1933), o bien a una guía sentimental sobre Sitges, titulada *Huésped del mar* (1945), de carácter objetivo e incluso historicista en algunos pasajes, elogió enormemente el *Viaje a la Alcarria* de Cela.

Cuando en 1951 la revista *Índice de artes y letras* le preguntaba por *La colmena*, Ruano aprovechaba la ocasión para introducir su valoración de *Viaje a la Alcarria*. A la pregunta “¿Cree usted que [*La colmena*] añade algo nuevo a la obra anterior de Cela?” Ruano respondía: “Añade en el conjunto de su obra una mayor sencillez de estilo, que ya viene iniciada en *Viaje a la Alcarria* (a mi entender, su libro más bello).”³⁹ Celebrador siempre de la obra de Cela, Ruano se había referido con anterioridad a *Viaje a la Alcarria* para apuntar la interrelación que se daba en la obra entre entorno y personajes, uno de los valores primordiales del volumen:

“En un escenario reducido y poco propicio a la fantasía por la fantasía, Camilo José Cela sabe centrar todo un orbe de personajes siempre anecdóticos, que sirven para explicar lo categórico que es el mundo geográfico en que se mueven.”

El interés de Ruano por *Viaje a la Alcarria* nace, por un lado, motivado por la seducción del género al que pertenece, de larga tradición, pero muy fructífero en la época de posguerra (dio obras como el referente *Viaje en autobús* de Josep Pla, y tantas guías de viaje); y por otro lado, radica en el estilo que valoraba de *Viaje a la Alcarria*, en sintonía con las pretensiones de sencillez de Ruano, quien aún no había escrito *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo* (1959), el libro que mejor puede adaptarse en su caso a la denominación de literatura de viajes.

38. *Viaje a la Alcarria* (1948). Madrid: Austral, Espasa Calpe, 1990. Introducción de José María Pozuelo Yvancos.

39. “La miel y la cera de *La colmena*”, *Índice de artes y letras*, núm. 44, 15/10/1951, p. 21.

Como hemos señalado antes, el viajero César González-Ruano aborda sus libros de viaje (independientemente de que estén constituidos estos, ya como un itinerario o recorrido por diferentes ciudades, ya como la concentración o el detenimiento en una única ciudad), a partir de la recolección de varios trabajos. Es decir, casi la totalidad de los volúmenes de Ruano dedicados a la literatura de viaje se constituyeron *a posteriori* (con excepción de sus dos guías turísticas, sobre Madrid y Cuenca respectivamente, y de *Huésped del mar*); en su origen eran artículos periodísticos con carácter independiente, que si bien solían formar parte de una serie, no habían sido contemplados para formar parte de un volumen. Este rasgo propicia que se mantenga el tono, el registro y el estilo propio del artículo en prensa, atenuado por el ingrediente autobiográfico y subjetivo que solían tener los artículos de Ruano. *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo* (1959) es un volumen paradigmático del proceso de construcción y compilación que caracteriza a la literatura de viajes que nos ofrece Ruano, tan diferente de la de Cela. La publicación de la obra parte de un primer proyecto nacido para la prensa entre los años 1955 y 1956, cuando Ruano publica en *Arriba* una serie de artículos a través de los que ofrecía las calas de un viaje que era en realidad la fusión de varios viajes realizados en tiempos distintos, unidos por el Mediterráneo. Esta fue la base de la publicación en 1959 de *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo*, volumen que incluyó además (siguiendo la intertextualidad propia del autor), artículos publicados en *La Vanguardia*, y fragmentos de *Huésped del mar* (1945), *Un día de Tiberio en Capri* (1946), y de *Mi medio siglo se confiesa a medias* (1951). Se trata de un viaje exclusivamente por la memoria, un viaje en diferido. Los muchos itinerarios son convertidos, por el autor, en un único viaje con varios apeaderos; un viaje retrospectivo, con gran distancia entre el tiempo en que se viajó y el tiempo en que se relata el viaje; lo que se convierte en uno de los elementos idiosincrásicos de este libro de viajes de Ruano.

Quizá es *Pequeña ciudad* (1963) la obra de Ruano que está más cerca de la captación multiperspectivística de la realidad que busca Camilo José Cela con *Viaje a la Alcarria*. Nacido este pequeño volumen a partir de la recopilación de artículos publicados previamente en la prensa, a los que se ha eliminado casi toda referencia temporal y la mayor parte de referencias explícitas a Cuenca, a Ruano le interesa sobre todo captar la cotidianeidad que ofrece una pequeña ciudad de provincias. En el café (el café Colón, aquí sin nombre) de esta pequeña provincia (Cuenca, también de pronto anónima), el escritor observa la vida pasar; le toma el pulso; aprehende la vida que se sucede ante sus ojos, escenas en movimiento que ofrecen la esencia de la pequeña ciudad. No hay más —parece decirnos Ruano—; en esas escenas, aparentemente insignificantes, está toda la significación de la pequeña ciudad. Estas notas costumbristas que representan los artículos de *Pequeña ciudad* no funcionan como mero fondo, sino que tienen carácter de protagonistas en sí mismas. Ruano desea perfilar el costumbrismo de la pequeña ciudad, y para ello se fijará en tres aspectos: los espacios,

las cosas y las gentes; elementos que, estrechamente ligados, nos dan las claves de ese costumbrismo provinciano.

Se capta principalmente el movimiento, por lo que las cosas y las gentes se interrelacionan con los espacios, interactúan entre sí; ofreciéndonos escenas de la habitual y apacible monotonía de la ciudad, que a veces se ve interrumpida por escenas no tan habituales, que completan, no obstante, esa definición de la pequeña ciudad que busca la antología de 1963. "La hora de los periódicos"; "Afeitado en un pueblo"; "El domingo"; "Un turista despistado"; "Por fiestas"; "Pequeña ciudad: los adioses"; "Pequeña ciudad: las conversaciones"; "Vísperas alegres" (las de la llegada de las fiestas de San Julián), recrean otros momentos o acontecimientos en que ese movimiento cobra tintes distintos, anecdóticos, en que los tipos y las cosas se ofrecen interactuando con otras circunstancias. Ruano se detiene en las pequeñas cosas que definen la *intrahistoria* de un pueblo y de sus hombres silenciosos.

Por *Pequeña ciudad* pasarán los nuevos vigilantes y serenos que estrena la ciudad, esas "Pequeñas autoridades"; "Los niños pelmas"; los "Primeros veraneantes"; "Los pequeños señoritos"; "Los sádicos [veraneantes] de septiembre", que forman parte del cosmos de eternos tipos ruanianos. Se dan cita también los individuales, como el niño "Viriato"; la niña "Soñadora"; "Una vieja señora"; "El novio alegre" (más cercano al relato que al artículo); "El pequeño limpiabotas"; "Un barbero"; o "Un viejo y distinguido señor". Algunos de ellos se conciben como paradigma de un tipo universal; otros se piensan únicamente desde su vertiente individual, peculiar, sobresaliente, y son protagonistas de artículos en los que Ruano no sólo contempla sino que imagina una vida tras lo contemplado. La imagen de Cuenca que traslada González-Ruano a su literatura es la que más relacionada está con la idea de un paisaje con figuras. El hecho de que la Cuenca de Ruano se configure de forma primordial a través del género del artículo literario propicia que se alcance la esencia de la ciudad a través de la composición global de breves escenas o cuadros. Cada artículo constituye generalmente una escena única, focalizada en un personaje en comunicación con su entorno, o en la cotidianidad de una acción o actividad que definen el movimiento diario de la ciudad.

No sólo es patente en *Pequeña ciudad*, sino que se trata de un elemento idiosincrásico del articulismo de César González-Ruano, que lo sitúa en la línea de Larra. Como avanzamos, el café se constituye en el cronotopos más notable del articulismo ruaniano. Es el lugar privilegiado desde el que es posible acceder al exterior al mismo tiempo que se muestra, ante los ojos, el interior. Es el observatorio o atalaya que permite, desde una posición fuera de escena, en que sólo la mirada es activa, ver pasar la vida en movimiento. Este observatorio, como universo en sí mismo, ofrece al escritor infinidad de posibilidades. Desde su privilegiada posición, Ruano ve pasar frente a él fragmentos de vida, y se detiene en los clientes solitarios, las muchachas herméticas, las mujeres enlutadas, los novios que se entrelazan las manos, el terrible consultador

del Anuario. Todos ellos forman la “fauna carpetovetónica” —recogiendo el sintagma de Cela— del café, que Ruano lleva a las páginas del periódico. Su mirada, no se ciñe, no obstante, a lo que ocurre en el interior. Por el contrario, fuera del café Ruano sigue siendo observador de la vida que pasa, que como un experimentado *flâneur*, pasea, contempla e imagina vida tras lo visible.

Junto a los personajes peculiares y concretos de los cafés, las terrazas, los trenes o los autobuses, nos encontramos en el articulismo ruaniano con aquellos tipos universales que pueden llegar a constituir arquetipos, como “el sablista”, “el pelmazo”, “el banquista”, “el neo-cursi”, “el camaleón”, entre otros muchos. En los artículos en que ellos son protagonistas, la observación ya ha sido realizada y lo que nos presenta el autor son las conclusiones de ese muestreo; se trata, por lo tanto, de reflexiones en torno a los rasgos que los definen y los convierten en universales. Con la fina ironía y la gracia características de su pluma, Ruano nos ofrece la filosofía de vida de esta fauna urbana.

No es de extrañar, teniendo en cuenta los logros de Ruano en la configuración de estos personajes que protagonizan escenas costumbristas dentro y fuera del café, que Camilo José Cela aludiera a la maestría de Ruano en esta faceta de su articulismo en “El museo de las figuras de cera”, publicado en *Arriba*, el 9 de noviembre de 1949. En él, tras reflexionar su autor sobre la galería de tipos humanos que pueden llegar a alcanzar la categoría de figuras de cera, siempre que alguien los fije en el papel, dándoles así permanencia, afirma que si bien Pío Baroja había fijado a la fauna de su tiempo, “el catálogo de las figuras de cera de la entreguerra está aún por hacer”. Y añadía Cela que “Dos escritores con más títulos que nadie podrían intentarlo: Ramón Gómez de la Serna y César González-Ruano”. Al recoger el artículo en el volumen *Garito de hospicianos* (1963), Cela elimina, no obstante, esta referencia a los que en 1949 eran los potenciales creadores de ese catálogo de tipos. Además de que de esta forma el artículo ganaba en atemporalidad, las razones de dicha eliminación podían ser meramente circunstanciales; Gómez de la Serna acababa de morir en Buenos Aires, y González-Ruano llevaba ya una larga carrera literaria tras él. Por otra parte, el propio Cela ya había hecho su aportación a la configuración de tipos individuales y universales. Bajo el título de “Topografía urbana”, uno de los capítulos integrantes de *Cajón de sastre*, Cela había agrupado varios artículos escritos entre 1946 y 1952, en que contribuía a ese catálogo de figuras de cera en el que habían participado otros escritores (Serna, Baroja, Jarnés, Solana, etc.). Además de describir a tipos particulares, concretos, lleva a sus páginas clasificaciones o arquetipos, entre los que destacan “El trasnochador”, “El egoísta”, o “Los pelmas”⁴⁰, quizá el tipo de más larga tradición, que había glosado Ruano en varios artículos.

40. Respectivamente, *Informaciones*, 2/4/1952 (*Cajón de sastre*, op. cit., pp. 98-101), *La Nueva España*, Oviedo, 13/7/1946 (*Cajón de sastre*, op. cit., pp. 105-107), *Arriba*, 4/2/1947 (*Cajón de sastre*, op. cit., pp. 120-122).

Ni en el género de la novela, ni en el de la literatura de viajes, Ruano podía ser maestro de Cela. Sí podía ser un modelo en el género del articulismo.

En efecto, la idiosincrasia del articulismo de Ruano le convirtió en maestro de la crónica para muchos jóvenes escritores, que se fijaron en su talento para la creación literaria en prensa y tomaron el relevo de ese periodismo experiencial tan definitorio de Ruano, de tono ligero y ágil. Francisco Umbral (ganador en 1979 del Premio González-Ruano de periodismo) y Camilo José Cela fueron dos de los escritores que ensayaron la fórmula de escritura que proponía el autor de *Baudelaire*, libro del que, por cierto, Cela había elaborado, para su edición de 1948, una elogiosa reseña.

Lógicamente los discípulos crearon su propio estilo, aunque la influencia de González-Ruano se dejó sentir sobre todo a la hora de la captación de lo mínimo cotidiano y su traslación a la prensa. Tanto Umbral como Cela confesaron con entusiasmo esta influencia, aunque el producto de cada autor tenía su propio resultado, fruto de cada individualidad. El hecho de que algunos artículos de Cela y de González-Ruano nacieran a partir de las posibilidades literarias que vieron ambos en una misma noticia leída en el periódico, permite, mediante el cotejo textual, ver en qué se cifran las diferencias. Estas se desprenden fácilmente de la comparación, por ejemplo, de los artículos "Se regala el castillo de Rushbrook" de Camilo José Cela (*Arriba*, 5/12/1949⁴¹), y "A castillo regalado sí se le mira la almena" de César González-Ruano (*LV*, 14/12/1949)⁴². Ambos tienen su origen en el anuncio aparecido en el Times de Londres, según el cual Lord Rotschild regala su castillo de Rushbrook. Sin embargo, mientras César González-Ruano utiliza un tono conversacional, introduce el diálogo, se dirige continuamente al lector, le cuenta una anécdota personal, y bromea con el asunto al llegar a la conclusión de que los nuevos ricos además de querer un castillo quieren que no les cueste demasiado, Cela aborda la noticia desde una perspectiva más sobria. El escritor gallego utiliza un léxico y un estilo cuidados para relacionar la pervivencia de los castillos con la historia y la tradición, llegando a afirmar que el hecho de que nadie quiera el castillo de Rotschild supone una fisura en Occidente. Las dife-

41. Publicado también en *El Alcázar*, 5/12/1949. Recogido en el tomo 19 de las *Obras Completas*, pp. 371-373.

42. Podrían cotejarse otros artículos de Cela y Ruano que comparten la noticia sugerente que les dio origen, como puede ser, por ejemplo, "El matrimonio Carlin no se para en barras" de Cela (*Baleares*, Palma de Mallorca, 26/8/1950, recogido en el tomo 19 de las *Obras Completas*, pp. 197-199) con "¿La vuelta al mundo? Gracias" de González-Ruano (*LV*, 20/8/1948). Otros artículos tienen en común el tema al que los escritores solían recurrir en fechas concretas. Por ello, aunque no estén escritos en la misma época, estos artículos de calendario son susceptibles asimismo de ser puestos en relación, pues la motivación que sirve en ellos de pretexto es intemporal (los meses de veraneo, o la invención del monstruo marino para suplir la falta de noticias). Pueden ponerse en paralelo, por un lado, "Los veraneantes" de Cela (*Imperio*, Zamora, 13/8/1946, recogido en el tomo 13 de las *Obras Completas*, op. cit., pp. 416-419) y "El calor" de Ruano (*LV*, 15/7/1949); y por otro lado, "La serpiente de mar" de Cela (*Voluntad*, Gijón, 3/8/1947, recogido en *Las compañías convenientes y otros fingimientos y cegueras*, compilado en el tomo 13 de las *Obras Completas*, op. cit., pp. 515-517), y el "El encantador monstruo marino" de Ruano (*LV*, 15/7/1945). El análisis detenido excedería los límites de este trabajo.

rencias vienen determinadas por la perspectiva individual de cada escritor, que ve distintas sugerencias en la noticia leída en la prensa, pero sobre todo por el temperamento individual, y el fondo insobornable que los define y que determina los distintos resultados⁴³.

Independientemente de la veracidad de la anécdota que ha contado Umbral en varias ocasiones, según la cual Cela, aprovechando la facilidad con que Ruano escribía artículos, le habría “encargado” alguno para firmarlo él⁴⁴, lo cierto es que Cela admiraba esa capacidad que tenía Ruano para poner cada mañana “los cimientos y el capitel de su columna artística y siempre sospechada, airosa y jamás desdibujada ni desplomada ni incierta”⁴⁵. En la necrológica de Ruano que Cela publica en el número de enero de 1966 de *Papeles de Son Armadans*, el autor de *La colmena* no deja lugar a dudas de la admiración que le merece Ruano como articulista:

“Señores: ha muerto el último escritor deportivo, el último escritor que (deportivamente) se fajó a cintarazos con la vida, a desplante limpio con el resabiado morlaco de la sociedad y a punta de florete con la literatura. Si la ley del escritor —según parece probable— se mide por el grado de fidelidad a sí mismo que cada uno fuere capaz de enseñar, César González-Ruano, el hombre que hizo de su propia vida el ardoroso combustible de su literatura, fue el último escritor de ley de nuestras letras.

En un tiempo en el que los periódicos se escriben con los pies y el periodismo, a cada día que pasa, tiende más y más a convertirse en una estupefaciente y monocorde manufactura de agencia, César luchó, con un entusiasmo denodado, con una vocación sin límite y con una voluntad de hierro, por dignificar la prosa de cada mañana y plantar su tienda de artista guerrillero en el yermo predio del oficio. En este sentido, César fue el Larra de nuestros días y el singular poeta de lo mínimo, lo apresurado y lo cotidiano.”⁴⁶

43. En el artículo “Camilo José Cela y César González-Ruano” (*Anuario 2005 de Estudios Celianos*, Iria Flavia, Ediciones de la Universidad Camilo José Cela, 2005, 233–257) me ocupé de las coincidencias que se percibían en ambos escritores en cuanto a las fuentes de las que bebían para la creación de sus artículos: las noticias desmedradas y sosas de las páginas de los periódicos, la mirada y la memoria. El presente artículo tiene el objetivo de ampliar y complementar aquel primer trabajo.

44. Camilo pasaba al piso de Ruano y le pedía que le escribiese el artículo de colaboración fija para la agencia oficial: «A ti no te cuesta nada y yo tengo hoy mucha prisa.» César accedía, procurando meterse en la piel de Cela. Un día se identificó tanto con su amigo que Juan Aparicio, al recibir el original, dijo: «Este Camilo es incorregible y va a peor. Esto de hoy sí que no se lo publico.» Y no se lo publicó. Ruano se había pasado de tremendismo. Era más Cela que Cela. En el fondo de esta anécdota hay una verdad: “Camilo José tenía algunos celos de la facilidad de Ruano y su manera de ganar dinero con los artículos. Ha quedado como más novelista que Ruano, pero el artículo, según me decía en sus últimos años, nunca se le dio bien. Entre los géneros cortos, le salía mejor el relato breve. Ninguno de los géneros de desarrollar ideas, un simple ensayo, se le daba bien. Era narrador puro.” (Francisco Umbral, *Días felices en Argüelles. Memorias*. Barcelona: Planeta, 2005, p. 26-27.

45. “En la muerte de César González-Ruano”, *Papeles de Son Armadans*, tomo XL, núm. 118, enero 1966, p. 5.

46. *Ibidem*, pp. 4-5. Al cumplirse 25 años de la muerte de Ruano, el 15 de diciembre de 1990, Cela publica en *El Independiente* “El ejemplo”, en el que califica al escritor desaparecido como “el último periodista químicamente puro de la historia de España.” (Camilo José Cela, *El camaleón soltero*. Madrid: Grupo Libro, 1992, p. 91).

IV

A pesar de que los caminos profesionales de Camilo José Cela y César González-Ruano empezaron a distanciarse considerablemente a partir de principios de los años cincuenta, causa principal de la posible lejanía (no sólo física) que vivieron en algunos períodos, los encuentros, las lecturas y los elogios a la obra del otro se seguían dando con cierta regularidad. A principios de 1951 Ruano deja constancia en su *Diario íntimo*, de una conversación con Sánchez Mazas, en que ambos coinciden en señalar la esperanza que para el panorama de la novela española supone la obra de Camilo José Cela. En septiembre de ese mismo año, Ruano —a quien Cela le había entregado un ejemplar de *La colmena* a finales de mayo— tiene la oportunidad de responder a la encuesta que la revista *Índice de artes y letras* había impulsado acerca de la novela que Cela había editado en Buenos Aires, y a la que habían contestado igualmente Dámaso Alonso y Gregorio Marañón. En ella, Ruano, además de señalar la oportunidad de una novela de las características de *La colmena* en el panorama literario del momento, comentaba las influencias que se percibían en el escritor de “ciertos modos” de la literatura anglosajona, a la vez que no olvidaba apuntar la importancia que en la obra de 1951 tenía, como ya ocurría en *La familia de Pascual Duarte*, la tradición española, que se iniciaba con la novela picaresca. Según González-Ruano, no había, por tanto, en Cela “renuncia alguna a las fórmulas propias, muy españolas, que le hacen, en cierto modo, continuar una veta importante de la tradición nacional, la veta de la picaresca con la que se estrenó en la vida literaria al publicar *La familia de Pascual Duarte*.”⁴⁷ No lo hacía Ruano, pues, inventor del *tremendismo*, término que rechazaba el propio Cela, sino continuador de una tradición que había iniciado el autor del *Lazarillo* y que se encontraba asimismo en Quevedo. Sin embargo, si bien consideraba Ruano *La colmena* como “una novela costumbrista muy lograda, muy madura ya”, lamentaba lo que él veía como una exageración del “‘mal costumbrismo’ en una predilección por los personajes agrios y atravesados”; juicio que simplemente resaltaba la dificultad por parte de Ruano de asumir unos personajes tan alejados de los que poblaban sus propias novelas: *dandys* románticos, mujeres exóticas y llenas de erotismo, viajeros incansables con pasados intrigantes, lejos del costumbrismo que por el contrario, sí hallamos con interesantes logros en su articulismo.

Respecto a lo que no albergaba dudas César González-Ruano era en señalar la importancia de Cela en la literatura de su tiempo:

“Cela es el único verdadero nervio que, en la novela, se ve después del fenómeno Baroja. Como talla, su madera es cosa que veremos cuando le llegue la madurez, para la que ya le falta poco. Pero que esa madera es de primerísimo orden me parece indudable.”⁴⁸

47. “La miel y la cera de *La colmena*,” *Índice de artes y letras*, núm. 44, 15/10/1951, p. 21.

48. *Ibidem*, p. 4 del suplemento.

Por su parte, Cela hacía poco que había publicado en *La Vanguardia* el artículo “A medias, un medio siglo” (6/5/1951), su reseña a las memorias de César González-Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias*, que habían ido apareciendo por entregas en *El Alcázar*, a partir de octubre de 1950, antes de ser publicadas en volumen a principios de 1951 por la editorial Noguer. En opinión del escritor gallego, la dimensión personal e íntima y la dimensión histórica van de la mano en las *Memorias* de Ruano, libro que considera modelo de referencia en su género, gracias a las cualidades de su autor, “maestro en artes de ensoñación y de nostalgia”. Del viaje a través de la memoria que ha realizado González-Ruano, Cela fija su atención sobre todo en el valor que tiene el volumen de documento histórico, de testimonio de la época que le ha tocado vivir a su autor, que hacen de la obra, por lo tanto, consulta imprescindible para todo aquel que quiera acercarse a los primeros cincuenta años del siglo:

“Este recapitular a solas consigo mismo, ha granado, en el caso que nos ocupa, en un volumen de arrebatadora ternura, de ironía desbordada en ocasiones y, en ocasiones contenida, y de ambicioso reflejo del mundo que a su autor le ha tocado vivir.” (“A medias, un medio siglo”, *LV*, 6/5/1951)

Lo cierto es que tanto Cela como Ruano, que habían dejado constancia de su atracción hacia el género de la autobiografía, habían empezado a escribir sus memorias en el verano de 1950⁴⁹. El autor de *Mi medio siglo* había hecho referencia a esta coincidencia en un artículo de *La Vanguardia*, no sólo para subrayar “la edad de las memorias”, es decir la época propicia que parecía vivir el género en aquel momento, sino también para mostrarse reticente al hecho de que pudieran publicarse unas memorias, como Cela había hecho, con apenas treinta y cuatro años:

“En estos días uno de nuestros escritores más jóvenes, Camilo José Cela está publicando en una revista madrileña, con el título de *La cucaña*, sus recuerdos, unas Memorias bien trazadas desde su prólogo, pero que irremediablemente plantean este problema: ¿se pueden escribir las Memorias a los treinta y cuatro años? Yo me había preguntado eso de mí y tengo ya cumplidos los cuarenta y siete. Casi todas las Memorias han sido escritas en la vejez. Pero, ¿quién nos garantiza llegar a una edad propicia?” (“Las memorias de Mackenzie King y la edad de las memorias”, *LV*, 28/7/1950)⁵⁰

49. Mientras que las de Cela con el título de *La cucaña* estaban viendo la luz en el *Correo literario* desde el 1 de junio de 1950, la primera entrega de las de Ruano (que había empezado a escribirlas en julio de ese mismo año) no aparece hasta el 20 de octubre en *El Alcázar*.

50. En este mismo artículo, al referirse Ruano a sus propias memorias, recogía la idea de lo que parece ser un préstamo de Cela leído en el prólogo de *La cucaña*: “En estos días también trabajo con una ilusión nueva, descuidando onerosamente gran parte de mis colaboraciones, en la redacción de mis Memorias. Es un trabajo agri dulce, porque recordar no es volver a vivir, sino mejor darnos cuenta de lo muertos que estamos”. Cela había recuperado la misma idea expuesta en su prólogo para titular el artículo “Recordar no es volver a vivir”, aparecido en *La Vanguardia*, el 8 de agosto de 1950, unos días después del de Ruano. Sin embargo, es la única vez que el autor de *Mi medio siglo* mantiene la misma opinión al respecto, ya que siempre defenderá precisamente lo contrario, que “recordar es volver a vivir” (tampoco compartirá la idea de Cela, según la cual la memoria es “manantial del dolor, la mina de la congoja, el veneno del resignado sobresalto”). En 1965 Ruano va aún más allá al afirmar: “Recordar es algo más que vivir otra vez las cosas. Es vivir lo que mejor que vida tuvo solo existencia.” (“La posesión abstracta”, *ABC*, 26/11/1965)

En estos primeros años de la década de los cincuenta, Camilo José Cela vive muy centrado en su carrera de escritor, que dirige con gran disciplina, lo que contribuye a su progresivo alejamiento del ambiente de las tertulias, y por lo tanto, a que asista cada vez con menos frecuencia al café Gijón, realidad que resalta Ruano en su *Diario íntimo* en 1952. No obstante, hasta el inicio de los viajes de Cela por tierras americanas, los amigos se siguen viendo con regularidad: coinciden alguna tarde en el bar Cocq, toman juntos el aperitivo en Gaviria, comparten cenas, y siguen regalándose los libros recién editados. De igual modo, el primer viaje que realiza Cela a Chile y Argentina a finales de 1952, tiene una reacción muy positiva en el *Diario íntimo* de Ruano, quien destaca el provecho que para la trayectoria vital y profesional de Cela, a quien de nuevo coloca en un lugar sobresaliente dentro de la novelística española, podía tener esta estancia fuera de España:

"Este último viaje de Cela a Chile y Argentina encuentro que ha sido muy útil para él. El gran novelista que hay en Cela —quizá el de personalidad más acusada que tenemos— ha tenido ocasión de contrastar ideas y emociones lejos de su ambiente habitual. Los viajes es raro que no añadan nada a la experiencia." (*Diario íntimo*, 26/1/1953, p. 317)

La reacción que provoca en Ruano el segundo viaje de Cela en 1953, con el objetivo de dar un ciclo de conferencias por Colombia, Ecuador y Venezuela, es algo más esquiva. La declaración que —según había leído Ruano en la prensa— había hecho Cela al llegar a Bogotá, afirmando ser el mejor novelista español, mostraba una seguridad y vanagloria que parecían defraudar al amigo:

"Decía Camilo que si no dijera que era el mejor novelista español, mentiría. Le tengo a Cela, efectivamente, por un gran escritor, pero tal vez en la vida haya que mentir algo. Además, ¿dónde está la verdad? A mí me asombran esas tremendas seguridades." (*Diario íntimo*, 29/5/1953, p. 393)

A este viaje triunfal por América, de donde vuelve con un contrato millonario⁵¹ por su futura novela de ambiente venezolano, *La catira* (1955), se le sumarán de forma sucesiva otros éxitos en su carrera de escritor. La brillante y disparada carrera profesional de Cela, unido al hecho de que el autor de *La colmena*, buscando el necesario aislamiento para escribir, fije su residencia en Mallorca en 1954, poco después de su vuelta de América, provocan una cierta lejanía entre ambos escritores. La percibe Ruano en una de las visitas de Cela a Madrid, que reseña brevemente en su diario:

51. En 1958, en una entrevista con Tico Medina publicada en *La Estafeta Literaria*, González-Ruano se lamenta de que el libro no da dinero en España y que el escritor contemporáneo debe acudir al periódico como una necesidad económica, a pesar —comenta Ruano algo desdeñoso— de la existencia de afirmaciones en contra, como la del propio Cela: "—Por otro lado, ahora, más que digan muchos, por ejemplo, Camilo, que asegura que gana un millón de pesetas con un libro, el libro no da dinero. Y para ganarlo hay que trabajar en un periódico." (Tico Medina, "César González-Ruano", "Las cartas boca arriba", *La Estafeta Literaria*, 24 de mayo de 1958, núm 130, p. 6).

"Almuerzo hoy con Camilo, este nuevo Camilo despectivo y ausente, que apenas llegado habla ya de marcharse de nuevo." (*Diario íntimo*, 2/11/1954, p. 636)

Cela se va convirtiendo en el tipo de escritor que Ruano hubiera querido ser. En 1951 aún admira esa capacidad de Cela de creer en la posibilidad de transformar en realidad la potencialidad, propias del escritor que tiene la seguridad de llegar a realizar sus aspiraciones:

"Ahora está en uno de esos baches tan frecuentes en la vida del escritor y se ha encerrado en su casa a trabajar en un libro. Gran defensa contra la adversidad efímera es la confianza plena en el valor de valer. Camilo tiene la suerte de que puede pensar en dentro de 100 años. A ello le ayuda posiblemente su juventud y el que aún cree, por fortuna, en muchas cosas." (*Diario íntimo*, 31/8/1951, p. 116)

Más adelante, cuando los éxitos de Cela se suceden (la fundación en 1956 de la revista mensual *Papeles de Son Armadans*; su ingreso en la Real Academia en 1957⁵²; o su investidura como *Doctor Honoris Causa* de la Facultad de Letras de la Universidad de Syracuse), la patente lejanía profesional se convierte en cierto distanciamiento personal. Las posibles razones las expone Marino Gómez Santos en *La memoria cruel*:

"César empezaba a conllevar con una cierta resignación, mal disimulada, la amistad con Cela, que empezaba a resultar una cometa cuyo hilo se le escapaba de las manos. Probablemente, pensaba en décadas de amistad en la que afrontaron, entrañablemente unidos, enfermedades y estrecheces económicas. Ahora Cela se había programado para alcanzar en vida la gloria literaria que implica la prosperidad económica, ideales por los que Ruano había luchado artesanalmente durante su vida."⁵³

La hipótesis de Marino Gómez Santos parece confirmarla indirectamente González-Ruano, cuando la trayectoria profesional de Camilo José Cela le recuerda sus propias aspiraciones nunca colmadas a causa del tiempo que le robó la escritura de artículos. Uno de esos balances retrospectivos que protagoniza Ruano a lo largo de su vida lo provoca, por ejemplo, el viaje de Cela en 1964 a Estados Unidos, donde lo invisten *Honoris Causa*. Este nuevo éxito en la carrera profesional del compañero motivaba la siguiente reflexión de Ruano, el 22 de junio de 1964:

"Si alguna vez me dedicara a explicar mi pobre y rica vida, tendría que explicar en primer término las historias de un hombre que no pudo dar ninguna batalla importante por atender cada día a ridículas escaramuzas accesorias. Creo, entre otras cosas, que no he conseguido hacer una obra digna por eso, y que no soy ya rico por haber tenido siempre la voluntad ocupada en no ser demasiado pobre." (*Diario íntimo*, 22/6/1964, p. 840)

52. Manuel Alcántara recordaba en 1979 la respuesta que, entre bromas y veras, daba Ruano cuando le preguntaban por su deseo de ingresar en la Academia: "—Dime la verdad, César, ¿te gustaría ser académico? —Hombre, Manolo, ¿cómo no va a gustarme un sillón, habiendo estado tanto tiempo de pie?" (César González-Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Madrid: Tebas, 1979³, p. 13.

53. Marino Gómez Santos (2002). *La memoria cruel*, op. cit., p. 73.

En cierta manera, resulta comprensible que la admiración de Ruano por los logros de Cela se mezclara con un sentimiento de frustración. Estos sentimientos encontrados resultaban lógicos teniendo en cuenta que el autor vivió como un permanente conflicto, iniciado en los años cuarenta, y nunca del todo resuelto, la imposibilidad de dedicarse con calma a la obra en volumen, a causa de la completa dedicación que le suponía la escritura cotidiana de artículos. Entregado al articulismo, Ruano pensó a menudo que su colaboración diaria, cuyo sueldo se gastaba antes de cobrarlo, le impedía crear el libro importante y decisivo de su carrera como escritor. Y aunque en el desarrollo de esta “conciencia dramática del escritor”, Ruano llega a concluir que tal vez su libro definitivo ha sido escrito ya, en forma de pequeñas entregas diarias a la redacción de los periódicos, no es nunca una conclusión firme, por lo que, aun conocedor de su maestría en el género del artículo, en ocasiones sobrevuela el fantasma de no haber conseguido sus metas de juventud. Los éxitos de Cela venían a recordarle la existencia de ese fantasma.

Este posible desencuentro con Cela pudo convertir la amistad en cordialidad, pero no provocó la ruptura de la relación personal entre ambos. Cela no dejó de visitar a Ruano en sus visitas a Madrid, donde seguía conservando el piso de Ríos Rosas; lo hizo a menudo en los últimos meses de la enfermedad, tanto en la clínica, como en casa. El 14 de noviembre de 1965, en la última vuelta del camino, ya Ruano muy enfermo, Cela le visita de nuevo. La breve reseña que de ese encuentro hace Ruano demuestra que, en efecto, la amistad era todavía más ancha que el tiempo: “Vino a verme CJC, tan tierno y burro como siempre. Me animó un rato.” (*Diario íntimo*, 14/11/65, p. 1124)

La última vez que Cela vio a Ruano fue el mediodía del 15 de diciembre de 1965. Mary, su mujer, había llamado al amigo para comunicarle la noticia; César González-Ruano había muerto. Días después, Cela escribía unas líneas en recuerdo del que para él había sido vecino, amigo, compadre y compañero.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

[s.n.] (1951). “La miel y la cera de *La colmena*”, *Índice de artes y letras*, núm. 44, 15/10/1951, p. 21.

CELA, Camilo José (1946). “El egoísta”, *La Nueva España*, Oviedo, 13/7/1946.

——— (1946). “Los veraneantes”, *Imperio*, Zamora, 13/8/1946.

——— (1947). “Los pelmas”, *Arriba*, 4/2/1947

——— (1947). “La serpiente de mar”, *Voluntad*, Gijón, 3/8/1947.

——— (1945). *Pisando la dudosa luz del día*. Ed. de Marta Cristina Carbonell y Adolfo Sotelo Vázquez (2008). Ourense: Linteo Poesía. Introducción y anexos Adolfo Sotelo Vázquez.

——— (1948). *Viaje a la Alcarria*. Madrid: Austral, Espasa Calpe, 1990. Introducción de José María Pozuelo Yvancos.

——— (1948). "Divagación sobre el regalo y... ¡viva San Valentín!", *Arriba*, 3/2/1948.

——— (1948). "Una pistola de desafío", *Arriba*, 16/3/1948.

——— (1948). "Genio y figura de un dandy romántico", *Arriba*, 16/11/48.

——— (1949). "Se regala el castillo de Rushbrook", *Arriba*, 5/12/1949; *El Alcázar*, 5/12/1949.

——— (1950). "Recordar no es volver a vivir", *La Vanguardia*, 8/8/1950.

——— (1950). "El matrimonio Carlin no se para en barras", *Baleares*, Palma de Mallorca, 26/8/1950.

——— (1951). *La colmena*. Barcelona: Noguer, 1983.

——— (1951). "A medias, un medio siglo", *La Vanguardia*, 6/5/1951.

——— (1952). "El trasnochador", *Informaciones*, 2/4/1952.

——— (1966). "En la muerte de César González-Ruano", *Papeles de Son Armadans*, tomo XL, núm. 118, enero 1966, p. 3-6.

——— (1989, 1990). *Obras Completas*, tomos 4, 12, 13, 19 y 20. Barcelona: Destino.

——— (1990). *Cajón de sastre*, en *Obras Completas*, t. 12. Barcelona: Destino.

——— (1991). "Soliloquio del joven artista", *El Independiente*, 18/2/1991.

——— (1992). *El camaleón soltero*. Madrid: Grupo Libro, 1992.

GÓMEZ SANTOS, Marino (1958). *César González-Ruano*. Barcelona: Cliper.

——— (1964). *Espanoles en órbita (1964)*. Madrid: Afrodisio Aguado.

——— (2002). *La memoria cruel*. Madrid: Espasa.

GONZÁLEZ-RUANO, César (1931). "Señora, ¿se le ha perdido a usted un niño?", *Informaciones*, 23/11/1931.

- (1945). *Huésped del mar*. Barcelona: Artes Gráf. Raiclán, Col. La Xarmada.
- (1945). "Vida de los poetas en Barcelona", *Madrid*, 26/5/1945.
- (1945). "El encantador monstruo marino", *La Vanguardia*, 15/7/1945.
- (1946). *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- (1946). *La vida de prisa*. Barcelona: Ediciones Lince.
- (1946). "Visita a Madrid", *Madrid*, 25/3/1946.
- (1946). "Raro artículo que a lo mejor no gusta", *La Vanguardia*, 22/10/1946.
- (1947). "Una inteligencia en el destierro", *La Vanguardia*, 9/7/1947.
- (1948). "¿La vuelta al mundo? Gracias", *La Vanguardia*, 20/8/1948.
- (1949). "El calor", *La Vanguardia*, 15/7/1949.
- (1949). "A castillo regalado sí se le mira la almena", *La Vanguardia*, 14/12/1949.
- (1950). "Las memorias de Mackenzie King y la edad de las memorias", *La Vanguardia*, 28/7/1950.
- (1951). "En la muerte de 'El Caballero Audaz'", *La Vanguardia*, 2/12/1951.
- (1951, 1979³). *Mi medio siglo se confiesa a medias*, Madrid: Noguer; Madrid: Tebas. Prólogo de Manuel Alcántara.
- (1951). "Un centenario ilustre", *La Vanguardia*, 7/3/1951.
- (1953). *Mis casas (1903-1953)*. Madrid: Gráficas Estades; Madrid: Fundación Cultural Mapfre, 2001.
- (1955). "Cuenca y los catalanes", *La Vanguardia*, 22/4/1955.
- (1959). *Nuevo descubrimiento*. Madrid: Afrodisio Aguado, Col. Vida e Historia, núm. 9, 1959 (reimpresión en 1960).
- (1965). "La posesión abstracta", *ABC*, 26/11/1965.
- (1970). *Diario íntimo (1951-1965)*. Madrid: Taurus.
- (2003). *Obra periodística [1943-1965]*. Madrid: Fundación Cultural Mapfre Vida, 2 vols. Edición y estudio introductorio de Miguel Pardeza Pichardo.

GRACIA, Jordi (2007). *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1933-1975*. Barcelona: Planeta.

GUILLAMET, Jaume (1996). *Prensa, franquisme i autonomia, Crònica catalana de mig segle llarg (1939-1995)*. Barcelona: Flor del Vent edicions.

MEDINA, Tico (1958). "César González-Ruano", "Las cartas boca arriba", *La Estafeta Literaria*, 24 de mayo de 1958, núm 130, p. 6.

PRIEGO, Hilario y SILVA, José A. (eds.). Introducción a César González-Ruano (1984). *Artículos sobre Cuenca*. Carboneras de Guadazaón: El toro de Barro.

SERRANO, María Isabel (2006). "El tercer hombre, la tercera placa", *ABC*, 14/5/2006, Madrid, p. 45.

SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo (2002). "Los amigos barceloneses de Cela", *La Vanguardia*, 11/2/2002.

UMBRAL, Francisco (2002). "Cela", *El Cultural de El Mundo*, 17/4/2002.

——— (2005). *Días felices en Argüelles. Memorias*. Barcelona: Planeta.

VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ, Raquel (2005). "Camilo José Cela y César González-Ruano", *Anuario 2005 de Estudios Celianos*. Iria Flavia: Ediciones de la Universidad Camilo José Cela, 2005, pp. 233-257.

ZÚÑIGA, Ángel (1983). *Mi futuro es ayer. Memorias de un superviviente*. Barcelona: Planeta.